

De viaje por nuestra luna de miel

Liliana - Hacho

Invierno del '92

DE VIAJE POR NUESTRA LUNA DE MIEL

La Partida

Llegamos a Quito por la Compañía Aérea Ecuatoriana, siguiendo la ruta Buenos Aires - Santiago - Quito. La razón de este derrotero estuvo dada principalmente por el itinerario que pensábamos hacer, la CEA es la única que hacía México, Ecuador y Argentina, además de tener precios preferenciales; aproximadamente 800 U\$S por vuelo a Quito, de Quito a México y de ahí a Buenos Aires, con dos meses para el retorno.

Si bien el viaje fue bueno, y la atención esmerada (nos sirvieron de todo) las escalas, la antigüedad del avión y las horas totales de vuelo fueron un costo extra, que de todas formas no llegaron a hacernos arrepentir de lo económico del pasaje. Repitiendo esto de que el viaje en general fue bueno, hay que hacer notar que lo hicimos en un estado deplorable porque pasamos la noche en Ezeiza (Gustavo Martinovich nos llevó hasta el aeropuerto tipo una de la mañana) y estuvimos en la espera del avión hasta las seis momento en que embarcamos. También hay que hacer notar que era un día espantoso; llovía una barbaridad y teníamos preocupación por una eventual suspensión del vuelo. No ocurrió así. El avión despegó y al poco tiempo horadó la capa de nubes. Fue un alivio ver la Luna y las estrellas al salir de la tormenta.

Pasamos la cordillera todavía de noche y amaneció mientras hacíamos espera en Santiago de Chile. Luego nuevamente despegó el boeing hacia Quito, nuestro destino final. Esta fue una etapa muy larga (otra vez con atención esmerada), pero dado el nivel de tensión del viaje, la salida de San Juan, etc., no pudimos casi dormir, y las cinco horas que demandó hacer el trecho Santiago - Quito, se nos hicieron eternas. Finalmente, a las 14.30 hs llegamos a Quito, luego de un aterrizaje entre las montañas y las profundas quebradas que están insólitamente abajo de la planicie donde se extiende la ciudad.

En el aeropuerto, casi sin revisarnos nos dejaron pasar para la ciudad. Ahí mismo cambiamos algunos travelers (U\$S 50, el cambio es IU\$S X 1.475 Sucres), y tomamos un taxi hacia un hotel que no había aconsejado Chancho (Fernando Ciancio). Como era de esperarse el Taxi nos cobró de más; luego nos enteramos que el precio del taxi había que regatearlo (aunque no demasiado, porque alguna vez se enojaron).

El hotel donde paramos se llama 9 de Octubre, y está en la calle del mismo nombre y Colón, enfrente de un hotel muy conocido (el hotel Ambassador). Tiene aceptables comodidades y está muy bien ubicado dentro de lo que es la parte nueva de la ciudad. Una cosa que aprendimos al

poco de andar es que casi todas las ciudades que pasamos tenían esta división; una parte "nueva" moderna y concheta, donde se había ido recluyendo la clase alta y las clases medias acomodadas, empujadas por los pobres que iban tomando la ciudad tradicional.

Las ciudades nuevas eran todas muy parecidas, y era en donde más se notaba la influencia yanqui. Había lindos y modernos edificios, lugares donde comprar hamburguesas, posibilidad de caminar con menos paranoia, mucha policía, bancos con servicios de cambio para el turista, etc. Pero también estas ciudades eran irremediablemente aburridas; para eso nos íbamos de paseo a Belgrano. Otro "defecto" no despreciable era que las ciudades "nuevas" son sensiblemente más caras (no es un descubrimiento muy original).

Unos días después, cuando volvimos de la Playa

(Esmeralda) pasamos otra vez por Quito y nos quedamos en la zona colonial, un Hotel de gran categoría (de los mejores que usamos en el viaje) nos costó menos que el mediocre 9 de Octubre.

Bueno, estábamos llegando al "9 de Octubre", eran las 15.00 hs (el aeropuerto está en el medio de la ciudad, por lo que en sólo unos minutos se llega a la ciudad nueva), así que comimos algo y, a pesar del cansancio, decidimos a ir hacia el Quito Colonial. Para eso tomamos un Taxi que, siempre previo regateo, cobra por el viaje desde el "9 de Octubre" al Quito viejo entre 1.500 y 2.000 Sucres.

Por fin estábamos en el famoso Quito colonial, y si bien Hacho ya lo conocía (había estado dos o tres días hacía 6 años), fue maravilloso recorrer otra vez las desordenadas y antiguas calles de la ciudad, repletas de construcciones más que tricentenarias, de vendedores ambulantes, de gente claramente indígena, de policías, etc.

Al poco rato, y cuando pasó la ansiedad de comenzar el viaje que tanto habíamos estado soñando, Hacho comenzó a sentirse mal producto del cansancio (iban a ser ya dos días sin dormir), de la altura y también de la polución. Como buena ciudad colonial Quito es muy estrecha y, a diferencia de otros "patrimonios de la humanidad" todavía es centro de actividades. El resultado es un tránsito caótico que, con un parque automotor antiguo y sin control, inunda la ciudad vieja de smog.

Bueno; volvimos al "9 de Octubre", comimos una hamburguesa que compramos por ahí y nos tiramos a dormir aprovechando otra de las ventajas de Quito: su clima ideal. Erigida a más de 2.000 metros sobre el nivel del mar, y sobre el Ecuador, la ciudad mantiene la misma temperatura todo el año: unos 202 en el día, y a la noche unos 152. Ideal para vivir!!!

Por fin dormimos, como catorce o quince horas seguidas. Al otro día salimos con toda la polenta y la ansiedad por conocer el Quito Colonial, que se nos presentó muy diferente a todo lo conocido; construcciones de pronto simples y de pronto fastuosas, calles que se enroscan alrededor de las montañas que rodean la ciudad, personas vendiendo de todo, construcciones coloniales que no son "monumentos", sino que siguen "cumpliendo" sus funciones cotidianas como hace 400 años.

Paseando por la ciudad llegamos a un lugar llamado "El Tejar" en busca del bus que nos llevaría a "La mitad del Mundo". El lugar tiene cuadras y cuadras de vendedores ambulantes, transeúntes, vehículos, cosas, personas, y más cosas con las que uno se atropella y, que de tan colmadas y pintorescas uno va deteniéndose y, a su vez, entorpeciendo también el paso. En suma, hacer las cuatro o cinco cuadras de "El Tejar" lleva su tiempo (y creemos que también su riesgo, a pesar de que a nosotros no nos pasó nada).

Quito Colonial puede ocupar tranquilamente una semana de descanso, admirando sus casas, sus museos y reconstruyendo su historia. Nosotros, en verdad, estuvimos poco tiempo, y solo entramos en uno de ellos, la casa del Mariscal Sucre, que se nota era una persona de dinero, ya que su morada era verdaderamente muy fastuosa y bella. Para la interna de la historia, Quito es pro-Bolívar y Guayaquil es pro-San Martín.

En general nos atendieron muy bien, con mucha

amabilidad, ya que nuestra evidente condición de extranjeros y turistas nos da una posición vista con simpatía. La comida nos gustó bastante y eso que evitamos los lugares a la carta y comimos almuerzos típicos ("una comida") que tienen dos platos, postre y bebida. En este sentido hay que hacer notar que recién empezaba el viaje y todavía el exotismo de la comida nos era atractivo. Párrafo aparte merecen los jugos, baratos, nuevos muchos de ellos para nosotros, y que no nos cansamos de tomar. De todas formas tuvimos cuidado con el cólera (eligiendo la calidad de los boliches adónde vamos, y no pidiendo los jugos con agua).

La mitad del mundo

Luego del paseo por el centro colonial, recorrimos las seis o siete cuadras de el mercado "El Tejar", y tomamos el bus que en unos 35 minutos nos depositó en "La mitad del mundo". En el camino tuvimos oportunidad de ver toda la ciudad; primero la parte colonial, el cinturón de pobreza "céntrica" (en verdad proletariado), la zona moderna, el decrecimiento de la modernidad (y la plata) y finalmente la marginalidad. Quito está apoyado sobre las cumbres de unos cerros de forma muy distinta a todo lo conocido. Estas cumbres tienen un lento declive que se va pronunciando y termina en caída a pico en valles muy estrechos. A medida que los barrios son más pobres se van descolgando en forma más temeraria de las montañas.

Llegamos al paralelo "0". Nos emocionamos por estar tan lejos de nuestro país y por supuesto nos sacamos fotos con una parte del cuerpo en cada hemisferio. El lugar está muy bien preparado para el turismo, con artesanías bellísimas (nos compramos un superchaleco). Desde la altura se ve a lo lejos toda la ciudad, y en uno de los puestos hay una maqueta del Quito Colonial, sobre la que un señor (con una discapacidad muy acentuada) nos daba detalles de su historia y sus características edilicias.

Al salir de "La Mitad del Mundo", se largó una llovizna; en verdad, como ya dijimos, la salida de Buenos Aires fue en el medio de una tormenta que, con intermitencias nos acompañó hasta aquí.

volvimos otra vez muy cansados al Hotel, comimos algo y nos tiramos a dormir a lo bestias; evidentemente la altura nos hace dormir más de lo acostumbrado.

Al tercer día y a pesar de que había muchas cosas por ver y recorrer en Quito, no pudimos aguantar más y encaramos para el mar. Fue muy funcional en todo el viaje el haber llevado poco equipaje que, en emergencias, se cargaba en los bolsos en muy poco tiempo. Cada bolso pesaba aproximadamente 8 kilos cuando salimos, pero inevitablemente se fue llenando de cosas que recolectábamos en el viaje.

Este es un verdadero problema, porque, por ejemplo, al final del viaje yo casi ya había llenado un bolso de libros, recortes de diarios, panfletos, documentación, etc., y en verdad estuvimos todo el tiempo haciendo un fuerte esfuerzo de disciplinamiento para no traer cosas de ese tipo. Pero ese es sólo un tema, hay fotos, piedras, recuerdos, artesanías, plantas, semillas, ropa (que merece un párrafo especial), regalos para las nenas, que obviamente no podíamos llevar desde Ecuador cuando nos faltaban 5.000 kilómetros y cuarenta días de viaje, pero que nos tentaban a cada paso con su belleza y precio.

Hay que pensar en un método de encomiendas o algo por el estilo por que la ventaja de ir con poco equipaje, a la altura de Guatemala se había convertido en la desventaja de cuatro o cinco paquetes, más peso, y la goma por todo lo que no llevábamos. Para contar un ejemplo; en México finalmente perdimos un sombrero (un "hat panamá) que habíamos comprado en Ecuador. Yo me puse supercontento, ya que en un sombrero (que era bellísimo) teníamos un bulto (el total eran cinco bultos: los dos bolsos, la mochila de mano, una bolsita con cosas para leer y el hat auténtico).

En el infaltable taxi (que nos costó una larga negociación) fuimos hasta la terminal de ómnibus de Quito, que si bien moderna, está en claro estado de decadencia. En la terminal todo el mundo te quiere vender un pasaje a cualquier parte. Vivimos este diálogo:

- Adonde van?
- A Esmeralda
- No, vayan a Otavalo, que es mucho más lindo.

Por supuesto, el señor vendía pasajes para Otavalo, lo que se notaba pues lo voceaba por todos los pasillos de la atestada terminal. Otro tanto ocurre con los horarios. Te preguntan a que hora necesitas pasaje y te ponen en el pasaje ese horario. Obviamente el bus sale a cualquier hora.

Los buses que recorren Ecuador son más bien pequeños, petisos como para altura de los ecuatorianos y para unas 20 personas, y se mueven ágilmente por caminos de cornisa que cruzan los andes, o que se desenvuelven sobre ellos. Van siempre a mil, y es común ver a turistas descompuestos. También es común ver camiones, coches y buses accidentados (nosotros vimos uno a la ida y otro a la vuelta de Esmeraldas).

A pesar de algunos detalles medios rústicos los buses tienen un video, en donde pasan películas horribles (por ejemplo Van Dame), que sólo la gente de los primeros asientos sigue con entusiasmo. Algunos pasajeros viven la película intensamente, en el viaje a Esmeralda una señora iba subrayando los obvios triunfos de Van Dame contra los malos a viva voz para que el resto del pasaje la escuchara.

Cuando no está prendida la TV la radio pasa música a todo lo que da, y la gente se cuelga escuchando, cantando y moviéndose en los asientos. Cuando el bus atraviesa lugares poblados se disminuye la radio y la velocidad y el acompañante va voceando los lugares de destino, y subiendo a los empujones a la gente (que en general se deja, o sea que es costumbre).

El Océano Pacífico, al norte

El viaje en bus hasta Esmeralda nos insumió cinco horas, como ya dijimos entre las curvas y contracurvas que superan la cordillera. Es verdaderamente maravilloso ir viendo como va haciéndose cada vez más tupida la selva, que va transmutándose luego en haciendas de bananos. Lo que no es tan bueno es que ese proceso va siendo acompañado con un calor pegajoso y creciente. Al principio mucha importancia no le dimos, porque como veníamos del frío, un poco de calor no molestaba, pero a lo largo del viaje, algunos climas de zona baja (cuando no estábamos a la vera del mar) se nos hicieron pesados.

Esmeraldas es un lugar pesado, que resume pobreza, mugre y tensión; según pensamos, en este sentido, está más emparentada con Guayaquil. Estas características no fueron fruto de muchos paseos por la ciudad, sino que con sólo llegar se ve contundentemente que no es el lugar más apropiado para vacaciones de descanso.

Instantáneamente, entonces, averiguamos por los buses para las Playas, los cuales salían a dos cuadras de donde estábamos, desde una terminal desordenada, donde las colas se hacían a la fuerza y donde los micros salían atestados.

A nosotros nos pareció que la cosa no era para quedarse y decidimos subir a un bus lleno de escolares. Enseguida que empezamos a andar cambió la onda del lugar (salimos al campo) y la gente dejó de sernos extraña para convertirse en divertidos colegiales que jugaban e histriquéaban entre sí.

A propósito del tema, los chicos nos resultaban resimpáticos por lo coloridos de sus uniformes (celestes) y por la mezcla de etnias. En lo que hace a la relación entre las razas; nosotros no fuimos testigos de escenas de racismo, y en la calle se observa una convivencia razonable, habría que ver que se encuentra si se observa el funcionamiento de la sociedad con mayor profundidad. En donde si se encuentran indicadores contundentes es en la división en clases; en Ecuador es muy difícil ver gente blanca o rubia, salvo en la TV o en el diario; ergo, todos los ricos, todos los puestos de relieve o "renombrados" son ocupados por blancos.

El viaje fue por un campo bastante trabajado, por lo que no había mucha selva, solo algunas haciendas de bananos, y donde pasamos una gigantesca refinería de petróleo, que en el marco global de la zona parecía un monumento antiecológico.

Como estábamos muy apretados sufrimos bastante el calor y los 50 minutos que el bus tardó en llegar a Atacames se nos hicieron un poco largos (antes de que me olvide, el precio del pasaje era de S/350).

Por fin nos avisaron de bajar, seguimos una senda, cruzamos un riacho (en San Juan sería un océano) por un puente y caímos al caserío turístico. Previo jugo natural, nos pusimos a buscar un lugar donde pasar los tres días siguientes. Encontrarlo no fue fácil, nos costó varias vueltas y preguntas, sobre todo porque estaba lloviendo y se hacía difícil recorrer la arena de la playa.

Después de unos cuantos intentos fallidos nos quedamos en un departamento con dos dormitorios, cocina y comedor por S/25.000. Previamente habíamos visto habitaciones y hoteles (todos más o menos habitables) desde los S/8.000. Después de cerrar trato tiramos nuestras cosas, pusimos a funcionar la heladera, y nos fuimos a pasear.

Atacames tiene unas playas fenomenales, con agua fresquita, tipo aguas termales de La Laja, mucho más calientes y disfrutables que Viña, que Marpa y que, inclusive, las Grutas, pero por supuesto no tan tibias como las del Caribe. Por primera vez la Negra pudo quedarse en el mar todo el tiempo que quiso sin ser corrida por el frío, a pesar de que afuera no era un día particularmente caluroso y llovía intermitentemente.

En general en Atacames nos tocaron días nublados y con lluvias esporádicas; esto no nos evitó estar en la playa permanentemente y que el sol nos marcara en una forma bastante considerable.

Volvimos al departamento, pusimos unos cocos que nos habíamos comprado en la heladera, nos bañamos, nos acostamos un rato y salimos a pasear por la calle paralela a la playa. Ya había atardecido y se notaba un cambio de onda; había salsa en el ambiente, la gente baila en cualquier lugar. Estábamos cansados así que después de cenar nos metimos rápido en el hotel, previa prenda del ventilador porque el calor estaba apretando.

Atacames está más caro que Quito. Un almuerzo (un "seco" y un "mojado") sale S/2.000, contra los 1.500 que salía en Quito. Los jugos salen S/600 (naranja y piña son nuestros preferidos), un coco para tomar con pajita S/500. Aunque no es común, hasta ahora, en Quito y Atacames no hemos tenido problemas para conseguir pan. Fuimos varias veces al Comedor "La Gaviota", que tenía comida barata y muy rica.

En Atacames hay mucho turismo europeo, cuando nosotros hablamos con la gente sentimos que les sorprende que hablemos castellano, pero en cuanto nos saben argentinos nos empiezan a decirnos "Che". Turismo sudamericano no hemos visto.

Paseando por Sua

Al día siguiente fuimos de paseo a la bahía de Sua. Tomamos un bus, pero está tan cerca que vale la pena ir a pie. Para poder llegar hay que esperar que sea bajamar (en pleamar el paso se cierra sobre un morro que cae sobre el océano). Sua es muy bella, una bahía muy cerrada que impide el oleaje, en donde se ven muchas canoas de pescadores, y en donde parecían haber precios muy baratos (S/9.000 por una habitación doble muy cheta).

Como ya dijimos volvimos de Sua a pie, pasando por unas cuevas en el morro que cae al mar, y cayendo a las playas de Atacames. En la caminata, como siempre, vinimos charlando de las nenas. A cada rato imaginamos que dirían o que harían en las distintas situaciones o ante los espectaculares paisajes que vamos recorriendo. De todas formas es bastante difícil, para nuestro estandar de vida, poder hacer un viaje de este tipo con las peque-rías. Centroamérica no está preparado para que los extranjeros (y encima blancos!) anden por los caminos "cotidianos". Para andar con gente tan "débil" es necesario recorrer solamente circuitos exclusivos y muy caros.

La última noche que pasamos en Atacames fuimos a a bailar a un boliche que quedaba sobre la playa y en donde escuchamos música y bailamos. Por suerte, y después de soportar unos aburridos rap, apareció un poco de salsa, que bailamos y admiramos como bailaba la gente del lugar.

Al otro día nos levantamos relativamente temprano, y tomamos un bus hasta Esmeralda. La negra comenzó a sentirse mal, por lo que en esa ciudad compramos unos antibióticos de los que se tomó una buena dosis. Desayunamos unos cafeces y nos subimos a la aventura del aero-taxi, que remontó la cordillera rumbo a Quito, en otra apasionante y vertiginosa aventura. Esta vez, y como la negra no se sentía bien, el viaje fue un poco más duro que a la ida. Por otra parte decidimos parar en Quito, en vez de hacer noche en la frontera entre Colombia y Ecuador, aventurando que la infección de la negra se iba a mejorar.

Nos hospedamos en un hotel muy concheto que queda frente a la terminal y que se llama Hostal Cumanda (salvo un Hotel de Honduras el mejor que ocupamos), que nos costó S/ 13.500 por los dos (Más barato que el 9 de Octubre!!!). Como estábamos cansados y el hotel daba para una superdormida casi no salimos (compramos algo para comer), vimos una muy buena película peruana, sacamos pasajes para Tulcán (la frontera), y nos desmayamos hasta el otro día.

Desde Quito a Tulcán tomamos un bus que nos costó S/ 2.500, en transportes Imbabura, que resultó de bastante mala calidad. El viaje duro 5 horas y 1/2, de subidas y bajadas muy escarpadas.

Para comenzar bajamos muchos metros hasta el lecho del río que atraviesa, muchos metros más abajo, Quito, de forma tal de poder cruzarlo. En esta etapa empezamos a ver un poco de desierto, pero se nos ocurre que es más la acción del hombre que el paisaje natural.

Dos cosas nos sorprendieron en el viaje; primero lo bajita y chiquita que era la buseta, y luego lo bajita y chiquita que era la gente. Para el norte de Quito, que se ve que es toda gente indígena, el tipo étnico es mucho más pequeño que el que normalmente se ve en la Argentina; ni que decir frente a los gringos o a los propios negros ecuatorianos.

También a medida que nos íbamos yendo para el norte se fue viendo más ropa típica, en donde se destacaban sombreros muy altos, tipo de copa. En una de las paradas (creo que fue Otavalo) subió un flaco con vestimenta típica pero con una onda más hippie, que cantó folclore ecuatoriano y luego pasó el sombrero. La verdad que los ritmos y la música me sonaron muy similares a los argentinos (tipos tonadas, o canciones folclóricas).

Finalmente llegamos a Tulcán, por suerte la negra ya estaba bastante mejor, por lo que cambiamos algo de plata, y taxi mediante, en 5 minutos estuvimos en la frontera, que materialmente representa el puente de Rumichaca. Ahí cambiamos otro poco de plata, y sin ningún tipo de problemas nos sellaron los pasaportes de salida.

La entrada a Colombia

Cruzamos el puente con todos nuestros bártulos con la natural aprensión que significa entrar a Colombia y por la historia que había tenido Hacho 6 años atrás en ese mismo puente; hubo dos sorpresas en el lugar; primero que está todo muy sucio y descuidado y lo que era un hermoso riacho ahora es una cloaca sucia y llena de basura. Después el encontrar un nuevo y enorme puesto fronterizo Colombiano. Allí hicimos nuevamente los trámites sin ningún problema y, pese a nuestras aprensiones nos dieron 90 días porque no pedimos más.

Merced a un nuevo taxi fuimos hasta el primer pueblo colombiano: Ipiales (\$ 1.500). Una primera rareza, el chofer del taxi protestó contra la polución, la guerra, el calor, pero debió reconocer que económicamente andaban bien en Colombia. Ipiales es una ciudad muy pequeña, por lo que a la llegada ya estábamos planeando salir. Fuimos al expreso Bolivariano que nos cobró \$ 8.600 c/u hasta Cali.

Fueron doce horas de viaje en un bus más "tipo argentino", que de todas formas por la geografía del lugar se movió bastante, inclusive nos parecía raro ver a un bus tan grande andar entre las cuestas. Después de un punto en especial se sintieron suspiros de alivio: habíamos pasado la zona "caliente" y el viaje pasaba a ser menos peligroso.

De todas formas, y con todos estos aditamentos, la travesía resultó ser mucho más llevadero que los realizados por la geografía ecuatoriana. Llegamos a Cali con una hora de adelanto, por un camino que serpentea por sobre la Cordillera de los Andes, en donde se pueden ver muchos minifundios alrededor de la ruta. En general la primera impresión que se tiene es que, a pesar de todo, Colombia es mucho más "moderno" que Ecuador.

En Cali fuimos a un Hotel que queda enfrente de la gigantesca terminal de Omnibus, y que a pesar de que eran las 5.30 AM nos cobró un solo día por quedarnos hasta la mañana siguiente (\$7.085). Dormimos un rato y salimos a pasear por Cali, una ciudad grande, calurosa, moderna, pujante, pero nada muy especial que digamos.

La gente tiene una tonada distinta de la que ostentaba en Ecuador. En general todo es más limpio, más ordenado y las cosas cuestan el doble (pero así y todo es más barato que Argentina). Esto no significa que no se noten los agudos contrastes de pobreza y riqueza, la gran cantidad de

mendigos, la violencia que hay en la calle; por ejemplo, al hacer una cola el lugar debe guardarse a codazos.

En Cali fuimos a visitar a Jaime, un amigo de Román que estuvo haciendo un postgrado de economía en el Instituto Di Talla. Jaime nos recibió muy bien y salimos a pasear por la ciudad, a pesar del día excepcionalmente húmedo y caluroso (según palabras de Jaime). Esta compañía fue muy buena a la hora de entender la ciudad; a cada rato nos va comentando anécdotas, analizando la situación social y política, ubicándonos en lo que es Cali.

Fuimos a pasear por la zona colonial, la zona moderna, la zona de los narcos, en donde se ven mansiones de gran lujo. Según nos contaba Jaime la violencia en Cali era "tenaz" (terrible) y ya con similares patologías que las que se encuentra en Medellín. Ya se ve una ostentación de armas y de poder de fuego, que degenera en muerte por nada.

En cuanto a lo político puede decirse que si bien existe una guerrilla poderosa (la coordinadora Guerrillera Simón Bolívar: Farc, Eln, Epl, Quinti Lame, etc), y los ex-guerrilleros del M19 son una fuerza política importante se nota, como en toda América Latina, la despolitización, las sectas, la desconfianza en los políticos, el ambiente místico absurdo. En la ciudad lo "político" ha dejado de ser cotidiano y asequible.

También estuvimos en la Universidad Estatal (en donde Jaime es docente) y la verdad que nos impactó su modernidad. Más allá del nivel que puedan tener los cursantes y docentes (el de Jaime era realmente bueno) se notaba un clima distinto al de la decadencia que corroe las universidades argentinas: salas modernas, patios y jardines cuidados, bibliotecas enormes, etc.

Nos despedimos de Jaime y como teníamos un rato hasta tomar el bus que nos llevaría hasta Bogotá, nos metimos en un cine a hacer tiempo: vimos Batman II (bue, no había mucho para elegir). Mientras vemos la película les contamos las variedades de jugos que tomamos hasta ahora: Naranja, pifia, mora, maracuyá, naranjilla, guayaba, mango, papaya, melón, sandía, etc.

Salimos del cine, en donde a pesar de los ventiladores hacía un calor bastante pronunciado, y nos fuimos para la terminal de buses, donde todavía teníamos que esperar un par de horas más; nuestro bus salía para Bogotá a las 23.30.

La hora de partir se iba acercando y nosotros notábamos que había algo raro, pues no nos aceptaban los equipajes. Tipo 23.40, con nosotros ya muy pesados para con la gente de la ventanilla, nos dicen: - Me da mucha pena (frase típica de Colombia), pero el bus ha sido cancelado. Pueden tomar el que sigue, pero hay un sólo pasaje-. Y enseguida, por lo bajo, le decía a la negra que me convenciera de que la llevara a upa las 30 horas de viaje.

Puteamos un poco, ya que nos dejaban colgados en la terminal a las 24.00, en una ciudad pesada, con los bultos encima. La cuestión es que para Bogotá no había más pasajes hasta el otro día, así que fuimos a recorrer las oficinas para averiguar para donde podíamos arrancar, ya que no nos hacía gracia pasar otro día en Cali.

Finalmente conseguimos bus para Medellín (en ese momento salía, así que la cosa fue de carrera), para de ahí saltar a Barranquilla y hacer Cartagena, que era una de las paradas "imperdibles" del viaje. Era la segunda vez que Hacho cruzaba de norte a sur toda Colombia y no conocía Bogotá; mucho más, en el viaje recorrimos durante diez días buena parte del país del café sin desviarnos del eje que, sobre el Oeste del país, forma la cordillera de los Andes.

El recorrido Cali - Medellín casi ni lo sentimos, porque era corto (unas 9 horas), porque era relativamente plano, el bus anduvo muy bien y sobre todo porque al tener aire acondicionado y nosotros estar cansados dormimos casi todo el trayecto, despertándonos cuando el bus cruzaba el contaminadísimo río que atraviesa la ciudad.

A eso de las 09.00 de la mañana llegamos a Medellín, a una terminal casi lujosa (mejor aún que la de Cali), en cuyo stand de información turística nos atendieron en forma inmejorable. Gracias a esa información nos fuimos aun hotel del centro, en donde la habitación doble salía \$5.000. El lugar no era muy bueno, pero como Medellín era solamente un paso en nuestro viaje la tomamos.

Enseguida el conserje se dio cuenta de que éramos argentinos y nos empezó a hablar de tango. Era una situación especial porque a nosotros nos gusta el tango, pero no los del año '30, que son los que son muy populares en Medellín (a saber, Eladia Blazquez no la conoce nadie). Por otra parte nos sentíamos casi antipatriotas porque no junábamos nada de lo que nos decía. Por ejemplo; el tipo era amigo de Charlo, y alguna vez habíamos sentido hablar de él, vagamente, pero este tipo nos contaba de orquestas, canciones, etc., de lo que no teníamos ni idea.

Safamos lo mejor que pudimos, arreglamos las cosas en la pieza (siempre llegar a un hotel tiene algo de apropiación) y fuimos a hacer la rutina correspondiente a cada ciudad: cambiar travellers, averiguar sobre los pasajes, ir al centro, caminar un poco viendo la onda de la gente, etc.

Dimos algunas vueltas por ahí, ocurrió una cosa bastante paradójica, por un impuesto que había entrado en vigencia hacía muy poco era más conveniente tener cheques de viajero que billetes (casi un 15% más). Pero para cambiar los travellers tuvimos que andar un buen poco.

Promediando la tarde fuimos a la terminal e hicimos uso de la libertad tan hermosa que significa andar de viaje sin ningún tipo de ataduras; se nos antojó salir esa misma noche para Barranquilla, por lo que compramos el pasaje.

Paseamos el resto de la tarde por la hermosa, pujante y moderna Medellín, disfrutando su eterno clima primaveral. En general se aspiraba un ambiente diferente al de Cali (esto es obviamente intuitivo, pasamos dos días en Cali y unas horas en Medellín) pero nos pareció que tenía una seducción especial, más alocada, más fuerte y violenta si se quiere, pero también más atractiva.

Confirmando la magia latinoamericana, durante nuestra estancia en Medellín ocurrió un hecho que conmovió a Colombia, el narco Pablo Escobar escapa de la cárcel con la complicidad de todos los custodios. Fue un hecho triste, desmoralizante, pero también con ese toque gracioso con que ocurren muchas de las tragedias latinoamericanas.

A nosotros esta situación nos puso en guardia, porque se erizaron los controles y se esperaba el recrudecimiento de atentados terroristas, pujas de bandas rivales, dificultades para salir del país, etc. Por suerte nada de eso nos afectó.

Volvimos al hotel, en donde el conserje nos creyó enajenados (Argentinos que no sabíamos de tango y que alquilaban una habitación por unas horas), salimos para la terminal y a las 21.00 hs tomamos el bus para Barranquilla.

El viaje iba bien hasta que a las 3.00 de la mañana, en medio de la selva y la montaña se detiene el bus tras una kilométrica fila conformada detrás de un derrumbe. La situación no se nos antojó ni angústica, ni hinchapelotas, vaya a saber porque cosa, con la ayuda de la noche,

comenzamos a tejer historias fabulosas, directamente mágicas, o ligadas a los indios, la conquista, los piratas y más cercano, la guerrilla.

Después de una hora y media, la cosa comenzó a

normalizarse y continuamos viaje; la razón de la detención era un derrumbe ocasionado por las fuertes lluvias de la estación. Lo que se rompió en ese momento fue el Aire Acondicionado, con lo que la humedad y el calor se hicieron imbecables.

Llegamos a Barranquilla en un estado lamentable. Hacía dos noches que dormíamos en bus, y el último tramo había sido tipo baño sauna, por lo que optamos por hacer uso de nuestras reservas monetarias e ir a un Hotel con aire acondicionado.

En Barranquilla la ya comentada diferenciación ciudad vieja y pobre / ciudad moderna es bastante tajante. Para poder descansar un poco decidimos ir a la ciudad moderna donde, como era de esperarse era todo muy caro. Tomamos un hotel por \$ 12.500 que, a pesar de su aire acondicionado, era bastante berretón. Pero, por fin, dormimos bien y nos atendieron de primera. Hay que hacer notar que estábamos medio tensionados por lo que significa Colombia para el que viaja y la paranoia que te provoca, y el hotel se nos antojó un lugar seguro.

Salimos muy poco en Barranquilla (la verdad que no encontramos nada que mostrarnos). Apenas unas cuerdas para comer, buscamos (infructuosamente) un laverrap para reconstruir nuestra ropa y enfrente del hotel, en donde había una agencia de viajes, compramos los pasajes a Panamá, que nos constaron 125 U\$S C/U.

Hicimos muchos aprestos para dormir y aprovechar el aire cuando, nos acordamos por vía empírica que en Colombia había restricciones al consumo por lo que la noche no fue tan orgásmica como se esperaba, sobre todo para la negra que la picaron más de 5 trillones de mosquitos.

Al otro día, más descansados, dejamos nuestras cosas en el Hotel y fuimos a la terminal del Bus Brasilia que nos dejaría en dos horas en Cartagena.

Las Murallas de Cartagena

Cartagena es una ciudad impactante. Rodeada de una muralla de unos cuatro metros de alto por otros tantos de ancho, es una de las sorpresas más hermosas que habíamos encontrado hasta ese momento en el viaje.

La "Ciudad Amurallada", como aquí la llaman está reducida a un enclave turístico. En un sentido esto es malo, porque se pierde la perspectiva social y humana (todo el mundo sólo se ocupa de sacarle gaita a los gringos), pero también es bueno, porque a diferencia de Quito hay más posibilidades para la admiración y el resguardo de las bellezas de la ciudad.

Uno de los plomeríos más consecuentes son las intenciones de los vendedores por encajarte esmeraldas engarzadas en oro. Hay para todos los gustos, y mucha variación de precios, pero a nosotros no nos interesaba en lo más mínimo gastarnos U\$S 50 en una miniatura de Esmeralda y Oro por más fina y delicada que fuera, y si bien en un principio nos movía a curiosear por lo famoso de las joyas, después de la primera vez ya no aguantábamos más a los vendedores.

Después de recorrer por un buen rato la ciudad amurallada, caminamos unas cinco cuadras hasta el palacio de San Felipe. Es una construcción gigantesca (la mayor obra de ingeniería que hicieron los españoles en América). Según nos contaba un Cartagenero (todo el mundo habla de historia en esta ciudad) la construcción de la fortaleza evitó que las sucesivas invasiones a Cartagena terminaran con la derrota española, pero más importante aún, cuando el interés inglés fue la conquista de territorios de ultramar, fue el lugar desde donde se evitó la caída de la principal ciudad española en América.

Por supuesto que los cartageneros exageran (exageran?) cuando dicen que desde San Felipe se evito la caída del Virreinato de Nueva Granada en manos inglesas, y esta, por su propio peso, la toma de toda América latina en manos de los piratas.

Desde la fortaleza fuimos a la "Ciudad Moderna", cuyos rascacielos se elevan a la vera de la playa (Boca Grande). Una ciudad de mierda, como todas las grandes metrópolis, con hoteles cinco estrellas edificios de vidrio, mucha gente, mucho calor, mucho viento. Lo único que nos resultó atractivo fue la posibilidad de salir en excursiones hacia algunas islas muy bellas que quedan en las cercanías: no teníamos tiempo ni estaba en nuestros planes hacerlo.

Apenas si alcanzamos a meternos al mar como para hacer nuestro 'debut' de caribe, de agua de mar caliente. Otra cosa, un buen hotel en la ciudad colonial es mucho más barato que los que hay en la parte moderna (también que los de la parte moderna de Barranquilla).

Volvimos a Barranquilla en el expreso Brasilia (muy buen servicio) pagando un pasaje que nos costó \$2.200 c/u. En la ciudad llegamos justo para retirar las fotos (que habíamos dejado en revelado), fuimos a la farmacia a buscar un repelente y un protector solar, y encaramos a dormir al hotel, ya que la jornada había sido muy caliente y ajetreada y estábamos otra vez molidos.

Al otro día nos levantamos súper temprano porque teníamos que ir al aeropuerto de Barranquilla desde donde tomaríamos el avión de LACSA hasta Panamá. Pasó de todo.

La primera sorpresa fue encontrarnos con que no nos podían reconfirmar los lugares (nosotros habíamos garantizado los asientos dos días antes) porque el vuelo venía "sobrevendido". En el medio de la discusión porque si o porque no, se avisa que el vuelo venía con fallas técnicas (salía desde Venezuela), por lo que tendría aproximadamente 4 horas de atraso.

Mientras tanto nos ocurrió algo gracioso; en la aduana nos revisaron nuestros equipajes y salió a la luz un paquete de yerba. Con mucha delicadeza y buena onda el cana nos preguntó que era y le dijimos yerba (después agregarnos "mate", porque yerba se le dice a la marihuana). Al final, para salirse de la duda, y sin cambiar el nivel de onda con nosotros, le pego con el dedo al costado del paquete con lo que le hizo un agujero (el paquete estaba nuevo), para posteriormente pegar una snifiada. Obviamente se tragó todo el polvillo de la yerba y estuvo un rato estornudando y tosiendo. Todo el mundo (compañeros y público se moría de risa).

Luego de una serie de esperas y corridas, y cuando estábamos poniéndonos nerviosos (habría unas 30 personas en esta situación) hubo confirmación general del lugar, y dado el retraso, pago de una comida en el restaurante del aeropuerto. Aprovechamos para ir a una estafeta de correos en donde había dos empleados. Cuando entramos para enviar las cartas nos dijo - No, estampillas no tenemos.

Nos quedó la duda, para que estaban entonces?

Finalmente apareció el avión (tipo los que hacen San Juan - Buenos Aires). Estaba repleto de pasajeros y la verdad que no se donde ubicaron a los que subimos en esa escala. Con la negra tuvimos que ir en asientos separados.

Ya a la salida el avión parecía mostrar que tenía una palma de aquellas. El viaje fue relativamente movido, por sobre el Caribe, pasando por encima del Istmo Centroamericano para caer desde el Pacífico en la ciudad de Panamá. El aterrizaje también fue súper loco, con un giro de 180° a muy poca altura, y con el avión haciendo unos ruidos y movidas insólitas. Tocamos tierra en Panamá y nos prometimos no viajar nunca más en LACSA (aunque a los dos o tres días ya sabíamos que a las promesas se las lleva el viento. De haber sido necesario nos hubiéramos subido a otro LACSA con miedo pero sin problemas).

La llegada a Panamá

Bajamos a Panamá y fuimos muy bien recibidos. Teníamos algunos prejuicios sobre las dificultades de entrar a Panamá para latinoamericanos, debido a que todos los marginales de la zona se vienen acá para poder subirse a un barco y trabajar de marineros.

Pero a nosotros no nos pasó nada. Nos dieron treinta días sin problemas y unos pasos más allá (dentro mismo del aeropuerto) caímos en una oficina de turismo que nos llenó de papeles, mapas, rutas turísticas, hoteles, etc., en suma, una atención excelente.

Desde ahí mismo nos reservaron una habitación en un hotel de muy buena calidad, a U\$S 22 con aire acondicionado, agua caliente, TV color. Como siempre después de cada viaje dormimos como

orangutanes y planeamos el día siguiente como jornada de pasajes, paseos por la ciudad y visita al Canal, una de las celebridades que íbamos a recorrer en el viaje.

Nuestra primera actividad al día siguiente fue conseguir pasaje hasta Costa Rica, en el que luego se nos haría cotidiano "Tica Bus". El precio para la ruta Panamá - San José fue de U\$S 25, un poco caro, pero hay que ver que es uno de los recorridos más largos en el camino hacia México.

El Tica Bus es una empresa Costarricense que, en diferentes tramos, hace el recorrido Panamá - Guatemala, con conexiones hasta Distrito Federal y los EEUU, con algunas extensiones laterales, como por ejemplo El Salvador. Es una empresa que brinda servicio de mala calidad (no peor que los bolivianos), no cumple horarios, no tiene higiene en sus coches, no es particularmente barata, los buses son del año del flaupa, no respeta asientos, te morís de frío y de calor (según por donde ande), etc, pero es la empresa que te garantiza andar por las rutas centroamericanas: si no te gusta anda en avión.

Después de la compra del pasaje fuimos hasta la esclusa de Miraflores, el lugar desde donde el turismo puede ver al Canal de Panamá. En general nos dijeron que lo más lindo para ver el Canal era el trencito que hacía el recorrido Colón - Panamá (ambos extremos del Canal), pero el mismo fue el primer tramo de la nacionalización de toda la obra y luego rápidamente entró en bancarrota.

Esto puede tener dos lecturas, una gorila, a los brutos latinos les das cualquier cosa y la funden, otra zurdita: los yanquis fueron dando lo que no servía; cuando tuvieron que dar el canal invadieron y chau.

Bueno estábamos en Miraflores, la verdad que no dice nada, sólo el hecho de haber estado en una esclusa del Canal. Desde ahí se veían las bases yanquis, alambrado en todo el perímetro que la rodea, como así también vastas zonas de la ciudad que pertenecen a la zona del Canal, por más que haya ahora para algunos sitios administración conjunta.

En las esclusas habían vendedores ambulantes de sombreros que nos preguntaron por el sombrero de paja que habíamos comprado en Ecuador: - Perdona, donde compró el "hat Panamá"?-. Nos quedamos charlando y nos enteramos que los auténticos "hat Panamá" se hacen en Ecuador, en la zona de Cuenca, en donde, obviamente, son mucho más baratos (U\$S 2 en Atacames contra U\$S 8 en Panamá)

De Miraflores fuimos rápido para el Muelle 18 desde donde pretendíamos ir de paseo hasta la Isla Taboga. La cuestión fue que el barco se había ido hacía 15 minutos. La negra se puso roja de furia, porque sentía que habíamos perdido el único día de estancia en Panamá, ya que tanto como la vista de las ciudades, quería disfrutar del mar. La cuestión fue que decidimos ir a la playa hasta que saliera la próxima lancha hacia Taboga.

Para finalmente lograr estar en una playa nos fuimos caminando hacia un lugar que nos recomendaron. Caminamos como camellos y la playa no aparecía. Finalmente tomamos un Taxi

que nos dejó en la puerta de un Parque, en donde había que pagar para entrar, estaba lleno de gente y nosotros sin mucha onda.

Nos fuimos para el centro, en donde arriba de un taxi fuimos hasta Chorrillos, la zona que EEUU había bombardeado durante la invasión de 1989. Es una zona muy peligrosa y pobre, donde el taxi apenas si paraba para que sacáramos algunas fotos. Aún se ven edificios en ruinas, la manzana en donde estaba el cuartel general de Noriega es ahora un gran baldío.

Luego fuimos para el lado de la catedral, a pasear por la zona vieja. Todavía pueden verse algunas construcciones antiguas bastante enteras, pero la mayoría está bastante destruida. Por la zona también está la residencia presidencial, pero a dos manzanas de distancia ya hay vallas para que no pase el tránsito vehicular, por lo que la vimos a la distancia. A diferencia de otras ciudades, el centro colonial también era amedrentante, y no estaba abierto al turismo, por lo que dimos una pequeña vuelta en el taxi, rodando por las angostas calles, en donde hay unas cosas que sería exagerado llamar edificios, en donde se nota que la gente vive en condiciones deplorables (y debe ser la clase media).

Nos fuimos para la parte comercial, comimos y volvimos al Muelle 18 en donde todavía esperamos una hora la salida de la lancha. El viaje en Barco fue lindo, un pequeño tramo por el Canal y luego por el "sendero" de entrada que hay en el mar hasta el mismo. Se movió un poco pues apenas salimos llegó una tormenta (nada muy grande). En el barco iban yanquis y panameños, estos últimos muy borrachos. De repente se ponen a alegar alrededor si la máquina de fotos se había trabado o se había acabado el rollo. Uno de ellos se "enoja" y la tira por la borda. Después todos se morían de risa.

Llegamos a Taboga, como una hora de viaje. Avistamos la isla desde el barco, porque era imposible bajar, ya que la lancha se volvía en ese mismo instante y no había otra hasta el día siguiente. Como teníamos pasaje en bus para Costa Rica, y teníamos ganas de estar en la isla pero no era para tanto, optamos por asomarnos a la baranda y observarla; nos prometemos, para la próxima vuelta, quedarnos por lo menos una tarde en la isla.

Panamá es un pequeño país, producto de la mágica transformación de una provincia colombiana en país. La capital del país tiene el mismo nombre y cuenta con aproximadamente 800 mil habitantes, con más de un 10% de gringos (como aquí le llaman a los yanquis), producto de la base militar, de el manejo del Canal y de negociantes y turistas que invaden la ciudad.

Es bastante duro ver la bandera yanqui ondeando en las afueras de la ciudad a lo largo de la zona del Canal. En general, y hablando con la gente, la mayoría respeta y recuerda a Torrijos, mientras que Noriega, independientemente de la opinión acerca de los yanquis es considerado un desastre (tipo Galtieri).

Las calles panameñas están llenas de milicos yanquis; es claro que en la invasión debieron desarmar la policía militarizada (porque respondía a Noriega). La gran cantidad de extranjeros, su peso en la vida de la ciudad (serán el 10% pero en consumo deben ser el 50%, como dueños de

empresas el 90% y como poder el 99%), hacen que el impacto de los yanquis sea muy notorio. Por ejemplo, casi todo el mundo balbucea en inglés.

En general la gente con la que hablamos está espantada por la ola de asaltos, robos, asesinatos, etc. A la baja acción de la policía se suma que los sectores más pobres eran "contenidos" por Noriega. Una sorpresa en Panamá fue que la gente relacionara a la Argentina con las elecciones de Miss Universo o Miss Mundo, que se ve que acá son muy importantes, y el tipo étnico argentino les resultaba extraño, en verdad muy atractivo.

Al otro día a la mañana salimos de trámites: cambiar travellers, comprar moneda tica (132 colones por 1 U\$S), enviar unas tarjetas en el correo, pelearnos un poco entre nosotros, etc., Para hacer todo esto nos fuimos hasta el Panamá Moderno, unos 20 minutos de colectivo: como era de esperarse, y contraponiéndose a las zonas que habíamos conocido de la ciudad, la parte moderna muestra lujos asiáticos. Y nosotros habíamos considerado a las bases yanquis como muy lujosas para la pobreza del país, no pudimos menos que reconocer que al lado de la ostentación de algunas partes de Panamá, parecían más que modestas.

Panamá es invade todo lo Hacia el norte batalla con el producto de la de las últimas húmedo y caluroso, y en la ciudad el verde que no es ocupado continuamente por el hombre. la feracidad de las tierras está perdiendo la hombre: hay un fuerte proceso de desertización tala de bosques; hacia el sur el Darién es una reservas de tierra virgen en Centro América.

Llegando a la modernidad "Tica" (1C = USS132)

El viaje comenzó más o menos bien; a pesar de la catramina que era el bus, del diluvio que se abatía sobre nosotros. En particular nos pareció espectacular el paso por sobre el puente que cruza el canal hacia el norte panameño.

Fue un largo camino por la maltratada selva panameña (aunque es de reconocer que está todavía bastante mejor tratada que muchas otras centroamérica) hasta las aduanas. En ellas hicimos los trámites pertinentes y al pasar la revisión en la aduana tica nos damos cuenta de que todo estaba empapado: ropa, libros, papeles, etc. Es que el depósito del viejo bus no era hermético, y llovía en donde estaban las valijas que afuera.

Entonces en allí mismo, y mientras revisaban al resto del pasaje tuvimos que hacer una serie de operaciones para evitar que se volvieran a mojar nuestros petates y para proteger lo mojado (sobre todo libros e información sobre el viaje). En lo que hace al tramiterío, y bajo un buen trato general, nos dieron 90 días para permanecer en Costa Rica, que según sabemos, es un país difícil de entrar y estar.

A poco de seguir andando nos detiene un control policial que nos revisa mucho más extensivamente que las aduanas. Como Panamá es un puerto libre y Costa Rica intenta realizar algunas políticas de protección la frontera entre ambos países (para colmo de un mercado desequilibrio en su desarrollo) es lugar de contrabando, paso de inmigrantes ilegales, etc. Los "ticos" son medio soberbios y se ven asimismos como la "Suiza" centroamericana.

Bueno, paramos, nos revisaron, y nos encontraron las zapatillas de andinismo (que nosotros en ningún momento ocultamos, por otra parte). Preguntan de quien son (todo de bastante mal modo), nosotros decimos que nuestras, que las compramos en Panamá, que son para nuestro uso, etc. Pero justamente eso estaba mal: debíamos pagar un arancel para entrarlas a Costa Rica, lo cual no nos resultaba

problemático, pero para hacerlo debíamos ir al puesto de aduanas: unos 50 kilómetros más atrás. La otra solución era dejar los dos pares de botas. Al final, y pese al maltrato (que no llegó a ser insoportable), y dado el nivel de pescadería que demostramos (bajo ningún punto de vista se nos podía considerar contrabandistas), el tipo nos dejó pasar.

Llegamos a San José como a las seis de la mañana, y nos pusimos a hacer tiempo hasta que comenzara a funcionar el área comercial. A eso de las 8.30 fuimos a la plaza de la cultura (Calle 5 entre avenidas central y 29) en donde nos dieron abundante y certera información turística. Nos habían hablado de dos posibilidades en Costa Rica (reconocida como la poseedora de las mejores playas en Centro América) el Pacífico o el Caribe. En turismo nos dijeron que optáramos por el Pacífico, ya que en el Caribe la lluvia era continua.

En la misma oficina nos dieron una dirección en donde reservar habitaciones en el famoso Parque Nacional "Manuel Antonio", en las Cabinas Rodríguez, a U\$S 22 por noche. Terminados los trámites, a eso de las 12.00 tomamos el bus que tres horas después nos dejaría en el parque.

La cosa empezó mal: todo el viaje lloviendo, precio alto para lo que eran las cabinas (en el lugar se podía convenir por precios más bajos, pero se corría el albur de no conseguir lugar), muchas horas de viaje y mucho cansancio, todo escrito en inglés y superabundancia de gringos, etc., nos predispuso bastante mal con el lugar.

Por suerte al otro día nos levantamos a un día radiante que nos permitió, desde muy temprano, meternos en las sendas del Parque Nacional.

El paseo es muy hermoso, por dentro de una selva muy tupida, muy bien arreglado y pensado para ver la exuberante fauna del lugar. En ese primer recorrido vimos monos tití (uno de ellos con su cría a cuestas), un lagarto gigante, dos perezosos, pájaros, lagartijas, una especie de coati (que se llevó unas bananas de una gringa), etc.

Después de recorrer los hermosos senderos a Puerto Escondido y al Mirador, nos quedamos tirados en una playa de arena fina y blanca, enmarcada en Palmeras que caen sobre el mar, disfrutando de una tarde similar a la que pasan una pareja enamorada en una cursi y mala película yanqui.

A la tarde volvimos a la playa, en donde vimos algunos pelícanos pescando. Cuando nos íbamos a ir a bañar vimos unos ticos jugando al fútbol, por lo que Hacho se prendió. Los ticos juegan bien, diferente que los argentinos, en todo momento están buscando dar pases buenos, casi no se quedan con la pelota. Enseguida empezó a llover, lo que hizo más emocionante el partido, su

finalización y la vuelta a la "cabina". Quedamos tan copados con el día que pasamos que decidimos quedarnos una jornada más en el Parque.

Al otro día nos levantamos temprano y encaramos para el Parque. Después de andar un rato entre la bellísima fauna y flora, se largó una lluvia violentísima, que nos obligó a refugiarnos en una de las casas construidas en el interior de la zona de protección. Finalmente nos cansamos de esperar y fuimos a la habitación desde donde vimos caer la lluvia como cuatro horas seguidas.

Cuando finalmente escampó un poco, comimos algo en un restaurante barato y tomamos el Bus a Quepos, el pueblo que es cabecera de la zona. Quepos es muy pintoresco, dedicado casi íntegramente al turismo, con lugares para hacer pesca, comer comida típica, etc., pero es indudable que al lado de Manuel Antonio es sólo para estar de paso. Sacamos pasajes, tomamos unos tragos explosivos, compramos una mochila, quisimos comprar algún libro (no había en castellano!!). y nos volvimos a Manuel Antonio a pasar la última noche en las cabañas Ramírez.

El último día en el Parque fue esplendoroso. Estuvimos casi todo el tiempo en la playa, jugando en el agua

calentita, sin darle bola al hecho de que la gente (no mucha) que había era toda gringa. La negra otra vez pudo quedarse en el agua hasta hartarse. A media tarde volvimos, organizamos nuestras cosas, y viajamos a Quepos y luego a San José. La capital de Costa Rica es una ciudad pequeña (250 mil habitantes), llena de verde y con hoteles de U\$S 60 o más por noche. En general la impresión que nos llevamos es la de un país relativamente desarrollado en comparación con lo que vimos. Las haciendas se ven muy prolijas, ganado cebú, rutas en buen estado (salvo el trecho Damas-Quepos, en estado deplorable), en general todo resume un cierto orden y prosperidad superior al encontrado hasta aquí.

En la zona de la playa se ven muchísimos gringos, y es raro ver indios y negros. Por primera vez en un largo lapso de tiempo pasamos desapercibidos (no éramos bichos raros). En San José hicimos algunos trámites y pasamos la noche en un hotel de octava categoría (1000 colones los dos), que tenía una onda muy tramposa (de sexo, contrabando y robo). Teníamos el pasaje para Managua en el infaltable tica-bus, por lo que al otro día, luego de la acostumbrada y mortífera comida tica, nos encaramamos al micro que nos dejaría en Managua.

El acostumbrado valle central (lugar donde se trabaja) parecía más plano y las carreteras en mejor estado, lo que permitía un viaje más tranquilo. Vimos muchas plantaciones de café (en la costa se veían cebúes y bananos) y plantaciones de palos de agua: para que se usarán?

Hacia el norte la ruta fue bajando su altura sobre el nivel del mar y el calor y la humedad comenzaron a apretar. Se veía menos vegetación y otra vez aparecieron los cebúes. El viaje no se nos estaba haciendo largo, pero cuando tropezamos con la frontera los trámites demoraron interminablemente la llegada a destino.

Se perdió en Nicaragua

La entrada a Nicaragua fue una cosa muy fuerte por todo lo que significó el país para el escenario político latinoamericano, y porque hacia acá venía viajando Hacho hace siete años cuando debió detenerse en Colombia.

En la frontera ya se divisa el "Lago de Nicaragua" (sobre el que se piensa hacer la ruta alternativa el Canal de Panamá) y que dicen que es el único lago en el mundo que tiene tiburones. La entrada al país es bastante peculiar, porque en la Aduana te sacan dólares por todo tipo de impuestos; si no tenés apremios económicos es hasta cómico las excusas que dan para cobrarte impuestos.

El ruta de ingreso al país se desliza bordeando el gigantesco "Lago de Nicaragua", en donde ya uno se va dando cuenta que este país es mucho más pobre que Costa Rica. Se ve gran cantidad de ganado (mucho suelto), y muchos poblados con casas de madera de apariencia muy pobres. Finalmente a las 18.30 llegamos a Managua.

Esta ciudad es tal vez la más extraña que me haya tocado conocer. Detraída por un terremoto en 1972, todavía parecería ser que no ha comenzado la reconstrucción. Se ven edificios en ruinas, grandes espacios baldíos, construcciones de una gran precariedad, y sobre todo, la inexistencia de lugares céntricos. Hay una gran dispersión de casas como si fuera una zona rural muy amplia, invadida por personas muy pobres que han construido sobre el campo sus viviendas temporales.

Paseamos mucho por la ciudad; fuimos al mercado oriental, tan parecido a otros que se ven en centroamérica, lleno de puestos precarios que venden las cosas más

insólitas, recorrido por pequeños pasadizos que se van torsionando y que le dan un aspecto bastante peligroso (después nos confirmaron que así era). Tomamos un bus hasta la UNAM, en donde en las aulas que habían sido construidas entre jardines había propaganda solicitando el alistamiento en el EPS y monolitos en recuerdo de estudiantes caídos en la lucha contra Somoza y la contra.

Regresando de la UNAM tomamos un "colectivos" muy especial: un camión con cuerdas en la caja para que uno se agarre. El camión nos dejó en la Plaza central, donde todo está derruido, y en donde hay casamatas para ametralladoras y una carpa sandinista. También estuvimos en el teatro Rubén Darío, a espaldas del Lago de Managua, y en el Hotel Intercontinental, que son de las pocas construcciones modernas, y que para unirlas hay que atravesar la plaza de la Revolución. A cada paso por la ciudad se ve la monumentalidad sandinista, con apelaciones a la lucha, al socialismo a la heroicidad colectiva.

Uno de los sitios más impresionantes es la Catedral de la ciudad, que está sin techo, con sectores derrumbados y cúpulas a punto de caer. Enfrente, en la plaza central de la que ya hablamos, se ven por doquier banderas rojas y negras y está el monumento a Carlos Fonseca, creador del FSLN.

Hacia la otra vereda de la Plaza está el Palacio Nacional, del que cuelgan grandes retratos de Fonseca y Sandino. Emocionados por el recorrido "histórico" nos quedamos a comer por ahí. Como siempre en Nicaragua; muy rico y abundante pero también muy caro, el plan de

estabilización ha hecho de este país un lugar difícil en relación con sus vecinos (U\$S 10 una buena comida para los dos).

El paseo terminó con una limonada en un boliche concheto enfrente del Hotel Intercontinental, en donde había unos loros multicolores. Managua no está tan alto como el resto de las capitales, por lo que hacía mucho calor y habíamos andado tanto que estábamos exhaustos.

Mirando desde el bar el paso de los buses nos dimos cuenta de la gran variedad de los mismos. Desde los camiones con banquetas y cuerdas que comentamos, a otros similares a los que habíamos visto en el resto del viaje, a otros modernísimos y que tenían la leyenda "donado por Japón". Nos pareció, y esto puede ser una imagen errónea que, a comparación con el resto de los países, Nicaragua tenía el mejor (frecuencia, velocidad, menor relación pasajero por bus, a pesar de que el recorrido lo hagan trastos reviejos, camiones, busetas, etc.) sistema de transporte.

En general, en todos lados nos consideran gringos. Cuando optan por un país, en general eligen Italia. En Honduras (veremos más adelante) no me creían latinoamericano, solamente los españoles nos ubican como argentinos. En Managua ocurrió un caso extremo; una chica se le acercó a la negra y le preguntó si no era alemana.

A la noche fuimos a cenar y al rato entraron tres guitarristas y un acordeonista vestidos al estilo mexicano tradicional (sin los sombreros) y nos ofrecieron tocar algunos temas. Nosotros dijimos que no, pero de otra mesa los "contrataron" y tocaron varias canciones de estilo folclórico del país azteca (que el "contratante" iba pidiendo). A propósito, había una máquina que pasaba música, detenida como siempre en los '70, y con el cantante argentino más popular en la zona: Leo Dan.

Salimos del bar y fuimos al hotel a dormir. Al otro día teníamos que levantarnos muy temprano para seguir viaje, pero además la ciudad con su calor y humedad, su falta de atracciones y sobre todo, su ambiente "pesado" hacía que nos recluyéramos rápidamente en el hotel.

Hablamos algo con la gente, que como era domingo estaba muy borracha, o muy metida en la fiesta del "mingo" (Santo Domingo). El FSLN es con mucho el partido más importante, del que más se habla, y se le reconoce su valentía. Pero también está en el recuerdo de la gente el descontrol, la hiper, el desabastecimiento, etc. (hablando del tema; como te pueden hacer una hiper o descontrol si uno tiene los fierros?).

En este aspecto vimos que, al igual que la argentina, el fantasma de la hiper es el método más usado para disciplinar las demandas sociales, aunque acá se mezcla con dosis de terror, desesperanza en el poder popular y la sombra yanqui.

Los sandinistas están en una posición difícil. Por un lado parecen haber perdido la pólvora y muestran un programa que a Alfonsín le parecería conservador. Deben apoyar a Violeta, con una crítica mínima, porque César desde el parlamento quiere destruir la estructura sandinista (ejército, economía mixta, etc.) que hace del FSLN, aunque no esté en el gobierno, el eje del poder.

Después del retorno del bar llegamos al hotel que quedaba en la misma terminal del Tica Bus. El lugar era aceptablemente bueno, pero uno de los colchones tenía un olor insoportable, por lo que en una operación comando lo cambiamos por uno de otra pieza. Una vez arreglado lo del colchón, la cosa se hizo problemática por el calor y los bichos: la noche no fue muy buena. Al otro día debíamos despertarnos a las 5.00 para confirmar los pasajes para Tegucigalpa ("Tegus"). Para variar nadie nos despertó, pero la negra abrió los ojos a las 5.30, justo con tiempo para arreglar los bolsos, hacer los trámites de los "tiquetes", tomar un café allí mismo en hotel y subirnos al bus que partió a las 6.30.

Nos hubiera gustado quedarnos un tiempo más en Nicaragua, conocer su gente, otros pueblos que, por lo que vimos en nuestro camino, parecían más ordenados que Managua. Quizás nosotros nos quedamos con una fuerte sensación de movida interior por lo que fue históricamente este país, y la tristeza que nos daba encontrarlo en semejante estado de decadencia. Además el calor, el desorden, la peligrosidad, lo poco "turístico" de Managua y lo caro, hizo que nos fuéramos casi huyendo de la patria de Sandino.

El viaje hasta Tegucigalpa fue largo, caluroso, con una parada quilométrica en la caliente frontera entre estos dos países. Allí, mientras nos demoraban interminablemente en el lado hondureño, charlamos con los vendedores ambulantes, gente paupérrima de reciente pasado campesino, acerca de la guerra que, hasta hace poco, los contras libraban contra el Ejército Popular Sandinista y que había sido particularmente feroz en esa zona (los miles de muertos y lisiados lo confirman). En general nadie nos constataba muy concretamente, inclusive una mujer nos dijo que ella había sentido que había guerra, pero que era más allá (y señalaba para el oeste). La magia latinoamericana da para ocultar muchas cosas, inclusive una guerra que te ha pasado por encima.

Ahí mientras esperábamos jugamos a las cartas con la negra y generamos el odio global de los hondureños; nadie podía creer (ni aceptar) que una mujer jugara a las cartas, ni que Hacho lo permitiera. Cuando nos dimos cuenta de que era lo que estaba pasando guardamos las cartas y esperamos que los milicos hondureños se tomaran todo el tiempo del mundo para dejar pasar la larga cola de buses y coches.

Con la venia militar seguimos camino; en Choluteca se dividen los Tica Bus entre los que van para Honduras y los que agarran para el Salvador. Unos pasos más adelante (en el comedor "El Tucán") el bus se detiene para almorzar. Cuando estábamos ya por reiniciar viaje escuchamos el llanto de una mujer de aspecto pobre clamando por su hijo que "se estaba muriendo". Fue espantoso y es difícil relatar como pegó en forma diferenciada a la gente el tema. La gente del lugar se arremolinó alrededor de la madre a consolarla, alguien dijo 'denle agua de arroz para que muera sin sufrir'. Nosotros (estábamos con un pibe alemán) pedíamos que fuera a un médico. Finalmente así ocurrió, y según pudimos saber, a la vuelta del camino, la historia tuvo final feliz.

La atrasada y machista Honduras (1 USS = 5,5 L)

Llegamos a Tegus a las 3 de la tarde, con algunas Lempiras en el bolsillo (1U\$S=5,5 L). Para ese momento ya éramos un grupo con Sebastián (alemán) y dos belgas. Apenas bajamos buscamos

subir a un taxi que nos llevara a la oficina de turismo nacional. La cuestión fue que negociamos largo rato por el precio (en este país se cobra por persona) hasta que, en virtud de lo largo del viaje nos cobró 5 Lempiras por persona.

Estábamos medio cansados, por lo que finalmente accedimos (a pesar de que era caro). La cuestión es que no hace más que salir y a las dos cuabras se pone a preguntar adonde quedaba la oficina de turismo, porque no tenía idea de que se trataba (nos quería tirar en cualquier agencia). Al final nos lanzó en una plaza, en donde la oficina de turismo no estaba más desde hacía varios meses.

Por suerte, a cuatro cuabras de eses lugar había una pequeña oficina, instalada en la plaza principal. Ahí nos aconsejaron un hotel (el Granada, ampliamente recomendable, una buena habitación por L 40 por los dos con baño y agua caliente), y nos recomendaron las Islas de la Bahía y las ruinas de Copan.

Encaramos para el hotel, y luego de un reparador baño salimos los cinco a comer algo de comida típica, charlar un poco, y despedirnos, pues su itinerario comprendía algún tiempo más en Tegus. Lo de charlar fue bastante limitado, porque los belgas apenas si comprendían algo de inglés y hablaban básicamente flamenco. Con Sebastián era distinto, porque había pasado un año en México (haciendo su Sto año por medio de intercambio cultural) y se había enamorado de América Latina, en donde pensaba venirse a vivir cuando se recibiera (tenía recién 17 años).

Tegucigalpa es una típica ciudad del Alto, erigida entre colinas, con puentes sobre ríos ultracontaminados, que en algún momento debieron ser quebradas de montaña, con los barrios pobres "colgados" de los cerros más empinados.

Al otro día a la mañana tomamos bus para San Pedro Sula (L 12 c/u, 4,5 horas). El camino va atravesando cordones en bajada hacia la extensa planicie que termina en el mar. Como es en bajada el clima va siendo cada vez peor! más caluroso y más húmedo. En uno de los valles hay una gigantesca base yanqui, erigida en 1980, pocos meses después del triunfo sandinista en Nicaragua.

San Pedro Sula es una ciudad más plana, más moderna, de peor clima, con menos gracia pero según todos sostienen allí, la ciudad más pujante del país.

En San Pedro Sula, taxi mediante hacia la empresa "Catiza", tomamos bus para La Ceiba (L 14 c/u y 3,5 hs). Bus viejo y repleto, lleno de olores e incomodidades. En el viaje ya fuimos diciendo que el próximo hotel iba a ser un lugar de reparación, aprovechando lo barato de Honduras.

Llegamos finalmente a La Ceiba y nos pusimos a recorrer el pueblo buscando el buen hotel. Había varios buenos pero, como excepción, decidimos, para conocer, parar en un Hotel de cinco estrellas, el Hotel Paris (L 128 por los dos) que, obviamente, era de un lujo asiático para nuestra forma de viajar.

El Hotel tenía aire acondicionado, TV, pileta, encargados de piso, de habitación, salón de conferencias y mil cosas más. Visto en perspectiva fue una buena descisión, nos preparó para las

duras jornadas que nos esperaban, nos permitió dormir bien en una zona con clima tan cálido y además pudimos conocer un hotel de cinco estrellas.

Al otro día fuimos a conocer una rareza de la ribera Hondureña: una población Garífuna. Esta gente tiene una historia muy particular; parece ser que a principios del siglo pasado un grupo de esclavos se escapó de Tegus y fundó, a orillas del mar y sobre la selva, una comunidad independiente que mantuvo las tradiciones, idiomas y forma de vida general de su África originaria.

Esta gente pudo mantenerse al margen (habría que ver la historia con más profundidad) y negociar su incorporación a la República Hondureña en términos relativamente benignos. Todavía hoy, en la rivera sureña de Honduras viven los Garífunos, manteniendo bastante profundamente sus formas, idioma y tradiciones.

La aldea que nosotros recorrimos (Sambo Creek) es un caserío con una sola calle apta para el recorrido del colectivo, con la mayoría de la población dedicada a la pesca, y con un hilito de agua que desemboca en el Caribe.

Sobre ese hilito de agua (como el río San Juan, pero sin torrente) estaban las lavanderas trabajando y en general la gente refrescándose del día muy caluroso; es claro, en el mar tan tibio no se combate el calor.

Nosotros de todas formas nos tiramos en la playa llena de palmeras y nos mandamos dos o tres chapuzones en el agua caliente. A nuestro lado pasaban las canoas de garífunos pescadores o nenes que tiraban anzuelos.

Después de un paseo y comida en Sambo Creek salimos a la ruta desde donde tomamos el bus nuevamente hasta La Ceiba. Hablamos por teléfono con las nenas (las extrañamos un poco), que seguían estando bien y nos decían que en San Juan nevaba, volvimos al hotel a disfrutar un rato de aire acondicionado.

Enseguida nos aburrimos y fuimos a la pileta, nuevamente a cambiarnos y a dar una vuelta por el pueblo. Compramos el pasaje para Utila, la isla menos comercializada de las "Islas de la Bahía", paseamos por la plaza, en donde hay unos caimanes retiosos, caminamos por las calles de La Ceiba, encontramos un estadio, en donde vimos algo de fútbol, y luego a dormir.

Al otro día salimos temprano pues antes de tomar el avión queríamos hacer varias cosas; cambiar travellers, lo que hicimos en la calle. Es bastante peligroso, porque en caso de robarte también te afanan el pasaporte, pero la zona nos pareció muy tranquilo y el cambio se daba a un precio preferencial, por lo que realizamos el negocio. El tipo que nos cambiaba mucha idea no tenía, por lo que en caso de querer truchar travelers hubiera sido ideal.

Después de cambiar lempiras nos fuimos a comprar algunas cosas para la gente de argentina, aprovechando los precios insólitos de este país. Otro de los trámites que queríamos hacer era averiguar las condiciones para entrar en Bélice. Llamamos por teléfono al consulado en donde nos

informaron que para entrar debíamos pagar U\$S35 por persona (tarifa para argentinos). Nos pareció una zarpada, y esto junto con su declarada alineación proinglesa hizo que desistiéramos de ir a ese pequeño país; la idea original había sido ir desde Guatemala a BÉlice y desde allí pasar a México. El nuevo recorrido pensado pasaba por San Pedro Sula - Copan - Tikal -Guatemala City - México, dejando afuera a BÉlice y a El Salvador.

Terminada la vuelta fuimos al hotel y tomar los últimos momentos de «frescor" y partimos para el Aeropuerto. Apenas llegamos nos subieron a un avión de unas 10 plazas que al llenarse partió con rumbo a Utila. Si bien hay un horario, los aviones salen en la medida en que se van llenando.

El vuelo es muy corto, hay sólo 35 kilómetros hasta la isla, por lo que el avión apenas si se levanta unos 700 metros sobre el agua. A los diez minutos ya empieza a bajar y realiza unos movimientos bastante extraordinarios para lanzarse en picada sobre una destruida y cortísima pista de

29

tierra que está sobre una saliente de la isla, por lo que comienza y termina sobre el mar. En cuanto toca el piso se clavan todos los frenos y el avión, a duras penas logra detenerse unos diez metros antes del agua. De terror.

Utila tiene un pequeño pueblo que parece típicamente yanqui (o inglés). Si bien la isla aparece como bilingüe, todo el mundo habla en inglés, aunque suele balbucear unas palabras en castellano; mejor dicho, en general hablan algo de español pero como odian a Honduras, quieren ser independientes, ingleses o yanquis, tratan de no usar para nada el idioma del país. El principal atractivo es el buceo y la visita a los "cayos" (islas coralinas) que en cantidad de decenas hay alrededor.

Utila estaba poblada por indios (creo que Caribes) que fueron exterminados en los primeros años de la conquista. Posteriormente abandonadas por los españoles fue ocupada por piratas, bucaneros, aventureros de toda laya: de esta pléyade de delincuentes descienden los actuales habitantes, los cuales hace no mucho fueron confirmados como hondureños. A pesar de esto guardan su bandera (roja con una franja oblicua blanca) y todo su furor para con los latinoamericanos e indios: por eso raro sacarles una palabra en castellano.

Largamos la tradicional búsqueda de hospedaje detrás del Hotel "Lodge", que nos habían aconsejado por ser el único que tenía aire acondicionado. El pueblo de Utila es muy pequeño por lo que a las pocas respuestas negativas nos empezó a extrañar que nadie conociera el lugar. Las respuestas negativas se seguían sumando, tanto cuando hablábamos en inglés, como cuando lo hacíamos en castellano. Al rato, después de un diálogo cocoliche nos dimos cuenta de que era lo que pasaba; el nombre es francés y se pronuncia "Loash". El Lodge es efectivamente el único hotel con aire acondicionado, pero tiene un precio anormalmente caro (U\$S 50). Si no rompe los esquemas es una cifra a pagar; hace mucho calor y hay muchos bichos, de los que en el Hotel, se debe zafar.

No era nuestro caso, así que empezamos a preguntar en las casas en donde ofrecían habitaciones en alquiler, en donde conseguimos una linda habitación por L 35.

Desensillamos y al anochece nos fuimos hasta la punta más cercana de la Isla (el aeropuerto) en donde nos metimos en el siempre tibio Caribe. El lugar, de todas formas, no era muy lindo, a la negra le pareció similar (salvo la temperatura del agua) al dique de Ullum.

La noche fue una pesadilla (sobre todo para la negra). La luz se cortó (como todas las noches, para ahorrar energía que en la isla es difícil de generar). Una bandada de mosquitos invadió la pieza. Se desató una tormenta que amaga borrar del mapa toda la Isla. El calor húmedo e insoportable no se fue a pesar de la tormenta; si abríamos las ventanas se metía toda la fauna de la isla a la pieza.

Al despertar al otro día estábamos para la 32 guerra mundial, por lo que decidimos irnos ipso facto. Con lo poco que nos habíamos podido comunicar (por el inglés y nuestra mala onda con la gente) nos enteramos que para disfrutar un día de playa debíamos ir a los "cayos". Pero con nuestro mal humor y el nacionalismo isleño averiguar como ir, conseguir snorker para bucear, y pasar otro día en la isla se tornaba insoportable.

Yendo para el aeropuerto en donde sacar pasaje para irnos ese día nos encontramos una caritativa alma utileña que nos habló en perfecto español; nos ofreció llevarnos al otro día bien temprano a un cayo, nos alquilo snorker para usar en esa zona (el mejor lugar, según el), todo por L 90 los dos, arreglando todo como para irnos en el último avión del día siguiente. Cambiamos planes, seguimos al aeropuerto y pedimos pasaje para mañana.

Esa tarde fuimos a la desembocadura de un río, que queda en la otra punta de la calle principal. De allí sale una pequeña playa, entre cocoteros. A Hacho le gusto, a la Negra no. De todas tomamos nuestro acostumbrado baño tibio, y algo de baño frío en el río.

Volvimos al pueblo, comimos algo y nos aprestamos a pasar otra noche, que tal como le esperábamos fue, si se puede, peor que la anterior.

Al otro día nos levantamos temprano, y fuimos hasta el lugar en donde nos iban a llevar en lancha hasta el Cayo; allí mismo nos alquilaron unas patas de ranas y unos snorkers. Después de esperar un rato, pues la lancha salía con una mina que estaba haciendo el curso de buceo (dura una semana, sale U\$S150 con todo el equipamiento puesto por ellos), salimos hacia los famosos cayos.

Después de bordear todo el largo de la Isla de Utila la lancha se metió en un archipiélago de islitas, algunas con población que escapaba de los límites terrestres y se metía en el mar a través de espigones. En la zona que bordeaba el archipiélago la profundidad del mar apenas si en algunos lugares llegaba a los dos metros.

Avanzamos así entre las islitas algunos kilómetros (habrá sido media hora), hasta que nos dejaron en uno de los últimos cayos, de no más de una hectárea de extensión, con arena muy blanca y lleno de palmeras. Allí vivía una familia que nos cobró un dólar por pasar la tarde en el lugar, ya que nos vendrían a buscar a eso de las 15.00 hs.

Enseguida comimos algo (habíamos ido preparados como para un pic-nic) y nos fuimos al mar. Caminamos un rato, aprovechando la temperatura del agua y la inexistencia de oleaje (ya que los cayos forman como una barrera natural). Luego nos pusimos los snorkers y nos largamos a bucear. Fue una experiencia alucinante. El fondo del Caribe es una explosión de color y vida. Está lleno de plantas rojas y verdes y de peces de los tamaños formas y colores más insólitas. Los animales, vaya a saber por qué extraña razón no tienen miedo de los buzos y andan cerca de uno indiferentemente. Es más, hay casos de peces curiosos que te siguen y empiezan a hurgar en tu piel. Hubo uno en especial que nos siguió durante largo rato, pegándose a nuestras piernas y mordiéndonos suavemente.

Estuvimos jugando un rato largo, viendo peces cada vez más extraños. Por suerte teníamos las patas de rana, que en un principio no queríamos alquilar, ya que el fondo del mar, la flora y todo contra lo que uno puede chocar es muy filoso y hay que andar con el máximo de cuidado, utilizando las pies enfundados para protegernos. Claro que una vez en la arena otra vez son hinchapelotas y hay que tenerlas en la mano.

Un poco cansados volvimos a la isla, nos comimos el resto de la comida del picnic, nos tumbamos al sol, y luego otra vuelta de turismo submarino. A eso de las 14.00 empezó a correr algo de viento, y ya estando bastante cansados nos fuimos definitivamente a la punta de la isla a prepararnos para que nos pasaran a buscar.

A poco de estar en la playa vimos a lo lejos la lancha que se acercaba a buscarnos, y el que la manejaba nos avisó que había venido un poco antes porque se venía tormenta. Era cierto; las ráfagas de viento no hacían más que incrementarse en fortaleza y continuidad. Encaramos el retorno y todo fue tranquilo mientras andábamos por el archipiélago, pero cuando empezamos a bordear la Isla de Utila, en donde ya no hay protección de la barrera coralina, el mar estaba muy picado y empezamos a rebotar contra las olas; fuimos así haciendo patito durante dos horas (mucho más que en un día normal). Al final llegamos empapados, como media hora más tarde de lo previsto.

Del amarradero donde nos dejó la lancha encaramos para donde habíamos estado parando, nos bañamos para sacarnos la sal y salimos para el aeropuerto. En el viaje de ida (una

32

caminata de un kilómetro, más o menos, en Utila no andan autos) compramos a quien nos había llevado al cayo un buen poco de coral negro, muy preciado para hacer artesanías.

Cuando llegamos al aeropuerto la situación era bastante caótica, porque había mucho viento y lluvia. El avión como era de esperarse se retrasó, pero cuando llegó no sabíamos que hacer. Sobre el mal tiempo, la máquina que llegó tenía un aspecto lamentable, por lo destartada y antigua. No venía con copiloto, y el piloto que venía tenía una cara de palmado bestial, tanto que le

preguntaron si estaba enfermo, a lo que contestó que no, que era solamente que hacía dos días que no dormía.

En un ataque de audacia (al fin y al cabo estábamos paseando por Latinoamérica) nos subimos al avión, que fue hasta la punta de la pista y con los motores a todo lo que da, trabajosamente despegó y recorrió entre la lluvia los 32 kilómetros de Caribe hasta la Ceiba, con un único resultado adverso: la lluvia entraba al avión y nos dejó empapados.

Bajamos corriendo porque no queríamos perder el bus que nos llevaría a San Pedro Sula y que salía en pocos minutos más, así que enganamos un taxi que nos llevó a la terminal, donde, por suerte, llegamos a tiempo como para seguir viaje, En el trayecto de cuatro horas y media charlábamos sobre la experiencia de las Islas de la Bahía. Ambos coincidimos que la experiencia de turismo submarino había sido hermosísima, pero mientras para Hacho esto había hecho olvidar todas las penurias pasadas en Utila, la Negra no podía olvidar las incomodidades, los mosquitos, la gente hablando en inglés, etc. - La próxima vez, a Utila vas vos sólo-, le dijo.

Cómo salir de Honduras?

Apenas llegamos a San Pedro Sula nos fuimos para la terminal de los buses que iban para Copan. La idea era viajar toda la noche hasta las ruinas, pasar el día ahí, y a la noche, según como nos sintiéramos, volver a viajar para ya entrar a Guatemala (Guate para los amigos). Los planes cambiarían abruptamente.

Buses para Copan no habían, para ir para allá había que tomar buses de una empresa turística que salían recién al otro día, y nadie nos garantizaba que de allí se pudiera seguir viaje para Guate. Una cosa agravó en forma importante la situación; para conseguir estos datos tuvimos que vultear por San Pedro Sula (de terminal en terminal), y la ciudad se empezó a poner pesada. En particular con la negra, que tenía un shorcito y una remera larga. Entramos en un nivel de cólera muy grande: la verdad es que no nos bancábamos más a los hondureños, tan sumisos, tan aplastados, tan dominados, pero a la vez tan arrogantes y machistas. Todo el tiempo que pasamos por Honduras Hacho tuvo que hacer de cuida, papel del que ya se estaba cansando.

Cambiamos rápidamente de planes; como la salida desde San Pedro Sula para Guate, vía Copán, u otras vías eran inciertas, optamos por volver a Tegus, para desde allí retomar nuestro superconocido Tica Bus hacia El Salvador, un país que teníamos muchas ganas de recorrer.

El bus para Tegus salía a las 3 de la mañana y eran las 21.00, y dada la situación de complejidad de la noche nos metimos en un Hotel de mala muerte que estaba sobre la terminal de buses. Al otro día nos despertaron y retomamos el camino para cruzar otra vez, de este a oeste el país más pobre de la Centroamérica continental. Llegamos a Tegus, un taxista nos volvió a tumbar; nos cobró por llevarnos dos cuadas. Claro, no sabíamos donde quedaba la terminal del Tica Bus, arreglamos un precio (que nos pareció barato) subimos y a la cuadra y media nos dijo que ahí era la terminal.

Eran las 6 de la mañana y conseguimos pasajes para el micro que salía a las 7.30 para El Salvador: una barbaridad!. La verdad que fue clave haber conseguido pasaje en forma tan inmediata porque estábamos hartos de Honduras y un día más nos hubiera resultado imbancable.

Dimos unas vueltas esperando el tiempo de partida, comimos un baratísimo desayuno (como todo en Honduras), y ya estábamos otra vez en viaje en el Tica Bus. A la hora de andar el micro paró en el Comedor "El Tucán" en donde habíamos vivido la escena del chico que se moría. Preguntamos como había sido el fin de la historia y nos dijeron que lograron llevar a la mujer y al niño a un médico que había por la zona, y que ambos habían terminado bien. Más tranquilos comimos algo, y seguimos camino a Choluteca. Allí el Tica Bus hace un empalme. La gente que viene de Managua se junta con la que viene de Tegus, los que van a El Salvador se meten en un bus y los que siguen para Tegus en otro.

La espera esta vez duró dos horas, pero fueron al pedo, porque el bus que venía de Managua estaba repleto y no había lugar para nadie. Lo que pasaba era que estábamos en plenas fiestas agostinas, que por acá son casi tan importantes como navidad, y la gente las aprovecha para viajar, visitar parientes, ir a ver santos de países vecinos, etc.

Así que estábamos ahí parados sin saber que iba a pasar, por lo que Hacho se puso a protestar y el chófer del bus casi entra a repartir piñas. Ahí la Negra le hizo ver que estaba muy loco, y que debía calmarse, porque estábamos en Centroamérica, que no es poco decir. Las cosas se fueron tranquilizando, nos subieron al Tica Bus, nos llevaron a la frontera y ahí alquilaron un colectivo que hizo el trayecto hasta San Salvador.

El pequeño y poblado Salvador (C 8,4 = US\$ 1)

El camino fue cambiando de forma; había menos vegetación, más campos trabajados y señales de guerra: algunos puentes volados, rutas desechas por las bombas y tanques. El sur fue siempre una zona en donde el FMLN tuvo mucho actividad, a pesar de que la zona más rica del país estaba en el norte. Una pregunta polémica, desde afuera y sin conocer en profundidad la guerra de este país: Es necesario dinamitar puentes? En un país tan pobre como este a quien beneficia destruir la infraestructura? Si el peso que no se afanan e invierten es destruido por la guerrilla, con que se encontrará el FMLN cuando llegue al poder? No me queda claro, sobre todo porque pienso que la guerra económica es una guerra de mierda, algo así como si los obreros se pusieran a romper máquinas.

En el bus nos hicimos amigos de una gente que nos recomendó un hotel, el que fuimos a ver apenas llegamos a una terminal que quedaba por el lado de los tomates. No se que pinta nos vieron, porque el hotel era tipo Sheraton, y costaba U\$S 50 por día, lo que para El Salvador es una enormidad. Salimos espantados y a las dos cuadras paramos en una casa de huéspedes que nos cobró C 60 por los dos, y en donde dormimos relativamente bien.

Al otro día salimos a hacer trámites y a cambiar de hotel (el lugar donde paramos tenía pinta de ser medio tramposo), allí conocimos el centro de San Salvador, totalmente "ocupado" por puestos

ambulantes. Estuvimos en la Catedral y en la plaza que se encuentra frente a ella, sitio de tantas batallas y manifestaciones en donde la gente enfrentó los militares salvadoreños.

La Catedral está en pleno proceso de reconstrucción, ya que el terremoto del '86 la destruyó casi por completo. Teníamos miedo de que el proceso de reconstrucción impidiera conocer la tumba del mítico obispo Arnulfo Romero que, según sabíamos, estaba en el subsuelo de la Catedral. De todas formas, y con muy buena onda nos dejaron entrar a la construcción y de ahí pasar a una planta abajo en donde bajo la emotiva inscripción "Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos" se encuentra la tumba de Arnulfo.

El terremoto no sólo volteó la Catedral sino que también varios edificios que están semiderruidos y bordean el centro; de ninguna forma es un espectáculo similar al de Managua, acá la destrucción es la excepción, la mayoría esta refaccionado / reconstruido, como el Palacio Nacional, que lo están dejando nuevamente en condiciones.

San Salvador es una ciudad pobre, como todas las de Centroamérica, con muchísimo movimiento y venta ambulante, con algunos carteles y pintadas del FMLN, con algunos barrios sobre las montañas que la rodean y, dada su baja altura, de un clima caluroso y húmedo.

Bueno, nos mudamos de Hotel (el Main Guest American Hotel, muy bien atendido y con aceptables instalaciones, C 110), dejamos las cosas y salimos a pasar la tarde en las Playas Salvadoreñas, las que según nos dijeron eran asiduamente visitadas antes de la guerra por sus altas olas, ideales para hacer surf.

Tomamos un bus hasta Puerto Libertad (una hora y media de viaje) y de ahí un bus hasta las Playas Majahuil. El Océano estaba muy lindo, con las esperadas olas impresionantes, en el marco de un atardecer muy sereno. Pero el poblado era deplorable, de una pobreza extrema. A la vera del mar se extendían como carpas y bajo su sombra se alineaban cuartuchos muy rudimentarios de aspecto, construcción e higiene lamentable y que a toda costa querían alquilamos. Se ve que es un lugar para turismo interno, ya que según pudimos saber el turismo internacional, o local más concheto, se focaliza en otras playas, más lejanas de San Salvador, hacia el Sur.

Estuvimos un rato en la Playa y salimos a desandar el camino hacia la capital del país; en ese camino vivimos, tal vez, la historia más marginal de todo el viaje salimos a la ruta por donde pasaba el bus que nos llevaría a Puerto Libertad, unas tres o cuatro cuadras desde la Playa, y allí esperábamos al bus, cuando aparecieron dos parejas de unos veinte años en un estado lamentable de alcohol (y

posiblemente falopa), hablando a los gritos, con dificultades para mantenerse parados. Al minuto las minas cruzan la calle y se ponen a cagar del otro lado de la ruta. Los flacos nos encaran y nos ponemos a hablar, en el marco de una situación medio pesada, en donde nos decían que en El Salvador a la gente que no les caía bien le abrían el gañote (y gesticulaban un tajo longitudinal en la garganta). Le contestábamos que nos parecía bárbaro, que en Argentina hacíamos lo mismo,

porque los pesados no merecen vivir. Nos mostrábamos, joviales, animados y amistosos, pero en verdad la situación era complicada.

Apareció el bus; las minas no habían terminado de cagar por lo que confiábamos en que no las esperarían y nos libraríamos de nuestros acompañantes; no fue así, un pibe le pidió al chófer que esperara a las mujeres, y este así lo hizo, mientras todo el pasaje se ponía a ver el espectáculo que daban las mujeres. Como estas se demoraban, el chófer les decía que se iba, por lo que los pibes pidieron a las minas que se apuraran. Estas de borrachas ya habían terminado pero no se podían parar ni acomodar la ropa, por lo que trastabillaban, se caían y se remolcaban en la mierda.

Mientras tanto, nosotros subimos y nos sentamos de forma tal de que no pudieran ponerse en los alrededores, ya que las iban de "amigos" y sinceramente teníamos que establecer una forma de sacarnoslos de encima sin "ofenderlos". Llegaron las minas y el bus arrancó. Las dos parejas se sentaron en el fondo y se pusieron a gritar (daban alaridos, decían incongruencias, por ahí preguntaron por donde estaban los argentinos), escandalizando al pasaje, que si bien comentaba las barbaridades que hace el alcohol, no intervenía en forma directa.

En un momento nos avisaron de que estábamos en el lugar en donde se tomaba el bus para San Salvador, y nos "largamos" del bus de forma tal de que, por la borrachera, no nos pudieran seguir. Al rato apareció el bus que iba para San Salvador y por suerte nuestros acompañantes no subieron al mismo, por lo que llegamos sin más sobresaltos al hotel.

Al otro día dimos una última vuelta por el centro y a las 11,30 tomamos el bus que, desde la terminal occidental, nos llevaría hasta Guatemala City (C 30). El camino sale directamente para el Norte, en forma paralela al Océano, por una supercarreta de cuatro vías que aprovecha un valle amplio y plano. Se ve claramente que el norte es más avanzado y dinámico, con plantaciones de café, azúcar y maíz, y surcado por cuarteles de las F.A.S.; es claro que la presencia del FMLN es menor. Después del pueblo de Santa Ana la ruta se va metiendo en la cordillera y vuelve a atravesar una zona más marginal.

La meca del turismo centroamericano: Guatemala (Q 5,20 = U\$S 1)

Después de un paso anodino por la frontera (no pasó nada), y previo cruce de un hermoso puente, se ingresa a la bellísima Guatemala, país de sorpresas tursíticas, de pobreza, de mayoría indígena, de desequilibrios, de grandes violaciones a los Derechos Humanos.

Guatemala City tiene todo el aspecto de una ciudad muy pujante, con sus correspondientes dos centros: por la Plaza flanqueada por la Catedral y el Palacio Nacional, y el núcleo del Centro Cívico, la zona "moderna". Nosotros paramos frente al Palacio de Gobierno, en el Hotel Centenario, un lugar caro, pero tranquilo y aconsejable (Q 138).

A la vuelta del hospedaje encontramos un resotoran que para el lugar era caro y exótico: "Churrasco Argentino", atendido por compatriotas, en donde comimos carne con una cierta onda argentina por Q 30. Nos detuvimos un rato charlando con el dueño (que era del Gran Buenos Aires), que nos dijo que a él las cosas les iban bien.

La colonia argentina es bastante amplia (por lo general compuesta por emigrados hacia USA que se van quedando en el camino) y se divide entre los que quieren volver, los que quieren seguir viaje, y los que ya han asumido que su lugar es Guatemala; a estos últimos, en general, por lo menos les alcanza para safar.

Salimos a pasear por la Plaza y de repente se escucharon estruendos y una balacera infernal. Pensamos que era un ataque de la UNRG (raro porque están en proceso de paz), y corrimos para el Hotel; en el camino nos dimos cuenta: era una procesión que tiraba fuegos artificiales. No era raro, al otro día leíamos en el diario quejas de vecinos porque policías tiraban tiros al aire cada vez que el equipo del pueblo hacía un gol.

El día siguiente fue el acostumbrado mix paseo - tramiterio. Fuimos a INGUATUR que está en el centro cívico de Guate city, una construcción llamativa y moderna. INGUATUR es la oficina de turismo más completa y de mejor atención de cuantas cruzamos en nuestro periplo. Tal vez en cierta forma comparable a la onda de Panamá, pero mucho más completa y mejor puesta. Teníamos una primera idea de ir a Antigua, al otro día a Chichicastenango (a orillas del Lago Atitlán) y al otro partir para Tikal.

Levantamos los bártulos que teníamos en el Hotel y agarramos el bus para Antigua, un viaje hermoso de una hora, que nos salió Q 2,5. Quedamos admirados de la belleza de la ciudad, optando por ocupar todo el día y el siguiente dejando el lago Atitlán para el próximo viaje.

Antigua es una ciudad detenida en 1773, cuando un terremoto la volteó, y se decidió llevarla a 60 Km de ahí, a lo que ahora es Guatemala City. El casco "antiguo" de la ciudad está invadido por turistas de todo el mundo, pero de un turismo tipo aventura, no la conchetés de otros lugares muy concurridos.

La mayoría de las grandes iglesias han quedado en ruinas luego del terremoto del siglo XVIII, el resto de las construcciones como eran en ese entonces. Caminar por las calles andar por lugares rutinarios de lo que fue cualquier lugar de la colonia. Yo en todo momento me hacía la idea de que estaba en Buenos Aires de antes de la Independencia, y en verdad toda la construcción de la ciudad ayuda.

En este sentido es tal vez la más atractiva de las tres ciudades coloniales que vimos. Cartagena es más espectacular, coherente con el haber sido, tal vez, la ciudad más rica de todo el imperio Español en América. Quito, también es más espectacular y los detalles cotidianos están tapados por la ciudad moderna que se ha montado sobre la colonial. Antigua está semidesierta, con pocos coches, con calles, faroles, y situaciones paradas en 1773.

Las ruinas también son espectaculares, con su monumentalidad, sus pasadizos a medio destruir. Pero lo que te atrapa es ir caminando por las veinte o treinta manzanas que tiene la ciudad descubriendo los detalles de las ventanas redondas, de las casas más coquetas, que finalmente te atraen más que los colosales monumentos derruidos. De estos (algunos son muy bellos) el que más nos impactó fue el Convento de Santa Clara.

En Antigua paramos en el Hospedaje "El Refugio", Q 35, una habitación con baño privado, bastante mediocre. En Antigua compramos mucha ropa. Según dicen, los textiles de Guate son los mejores y más baratos de América Central. También había artesanías de jade negro y verde, pero a nosotros no nos terminó de convencer.

La ciudad está abarrotada de vendedores de puestos y vendedores, pero todos coincidieron en decirnos que en Panajachel, a orillas del Atitlán, los lugares tienen más puestos, más variedad, mejores precios.

Los planes eran dormir en Antigua dos noches y al tercer día levantarnos, volver a Guatemala City y tomar el ya reservado Maya Expres a Tikal. Promediando la primera noche la negra se empezó a sentir muy mal, con diarrea, náuseas y mucha fiebre; como era de esperar pensamos enseguida en el cólera. En cuanto amaneció fui a información turística para solicitar la dirección de un médico, en donde me recomendaron al Dr. Aceituno, que me dio turno para las 9.00 AM, a Q 30 la consulta.

El tipo nos atendió muy bien, y a los cinco minutos de verla, conociendo ya los síntomas (desestimó enseguida el cólera, que por esa zona no hay), especuló con la posibilidad de que la negra tuviera amebas. Para confirmarlo nos mandó a hacer un examen de heces, además de "suero salvavidas" para evitar la posibilidad de deshidratación (agua con sales: de un gusto vomitivo), pastilla de carbón y antibióticos. El análisis dio que la negra tenía amebas (aceituno era medio vidente), por lo que a todas estas pastillas se les agregaron medicamentos en base a yodo.

El tratamiento contra las amebas retrasó en un par de días nuestra partida desde Antigua, por lo que para mantener las reservas de los pasajes llamamos por teléfono a Maya Express. El llamado fue confuso, apenas si se oía, por otro lado no podíamos ponernos de acuerdo con el idioma, etc. Al final de la comunicación pensé que casi con seguridad no me había entendido nada.

Por otra parte la negra estaba muy débil, y no sabíamos si se iba a bancar el viaje de 12 horas. De todas formas estábamos decididos a ir; Tikal era una de las paradas fundamentales de nuestro viaje, y si era necesario iríamos en avión.

Viajando para Tikal

A la noche, y previa consulta al Dr. Aceituno que no dio una especie de OK, la negra ya se sintió un poco mejor y decidimos salir al otro día bien de mañana para Guatemala City. La cosa era llegar temprano como para garantizar hacer todo el trámite y poder subirnos al bus (sale uno por día) que va para Tikal.

Llegamos a las oficinas del Maya Express, y sorprendentemente nos habían entendido, cambiado las fechas de los boletos y reservado lugar. El pasaje de vuelta también fue cambiado como para que nos permitiera volver al otro día a Guatemala y ya encarar para México; el retraso en Antigua dejaba el paseo por Atitlán para otra vez. Como íbamos y veníamos en dos días, dejamos los bolsos en la compañía de buses, de forma tal de andar con menos equipaje: después veríamos que esta idea fue un error.

El viaje hasta Tikal es bastante movido; enseguida nos dimos cuenta de que era algo especial porque no había turistas en el bus salvo un italiano y nosotros; el resto (nos enteramos después) viaja en avión. Por un lado se puede ver poco, porque es casi todo de noche; lo que si es notorio es que tiene dos partes: las primeras seis horas asfaltadas, bajando de los Andes hacia la costa del Caribe. Luego se dobla hacia el norte, se cruza un lago y se entra en la provincia de Petén.

Ahí empieza la segunda parte, los últimos 130 kilómetros, que son de tierra (una huella) en donde el bus va sorteando un camión que está en un estado calamitoso: los 130 Km se hacen en más de seis horas. La negra, medio enferma apenas si pudo aguantarlo. En la mitad del camino nos paró una patrulla del Ejército; el trato fue tenso, duro, pero correcto. Yo me puse a un costado con la negra con cara de nada, pero también con la onda de que a la negra no la iban a tocar. Hubo una revisión bastante intensiva, con cacheos a todos los pasajeros, pero a nosotros (y al italiano) ni nos tocaron ni nos pidieron documentos.

El bus llega al amanecer a Santa Elena, un pueblo a unos 30 Km de Tikal, que es la plataforma desde donde se visitan las ruinas. Llegamos, nos metimos en el Hotel Jaguar Inn (bueno, uno de los mejores de Tikal, Q 117).

Dormitamos un poco y nos fuimos hasta el aeropuerto a sacar pasaje para el día siguiente a Guatemala City vía avión, pues la negra había quedado en muy mal estado y no se hubiera bancado la vuelta en bus. Aquí nos dimos cuenta del error de dejar los bolsos; por un lado porque la carretera al Petén era la que nos llevaba a Hélice, y si bien no íbamos con la idea de ir, tantas veces habíamos cambiado de idea que por ahí nos hubiera convenido entrar a ese país para no tener que volver a Guatemala City. Pero mucho más aún porque era más barato ir en avión de Tikal a Cancún que volver. Si no hubiera sido por los bolsos, ahorrábamos plata, tiempo, camino y hubiéramos conocido Cancún!!!! Sacamos pasaje en Avión para Guate; el precio: U\$S 70 c/u.

Desde el aeropuerto salen las busetas que llevan a Tikal; Q 20 el viaje y Q 30 la entrada al parque. El viaje es lindo, hay lugares de pesca y para parar en el camino.

Tikal es uno de los lugares impresionantes del viaje. El parque nacional está en una hermosa selva con tucanes, monos, loros, etc. Sobre ella se ven los gigantescos monumentos mayas.

Hay mucho turismo concheto y tours (y también de todos los demás tipos, por supuesto). Hay que tener en cuenta que hay mucho para caminar en el interior del parque (varios kilómetros) en un clima húmedo y caluroso. En el parque que enmarca las ruinas de Tikal todo es dos o tres veces más caro que en el resto del país; en Santa Elena también las cosas son más caras que en el resto de Guatemala, pero no tanto como en el Parque; en resumen, por comodidad y economía es piola ir a recorrer el parque con bebida y comida.

Recorrer las ruinas entre la selva superó nuestras expectativas, que eran muchas. Caminamos largo rato por senderos poco transitados encontrando a cada paso monumentos de belleza imposible de comentar. Y después fuimos a los lugares clásicos, las pirámides más altas, en donde nos sorprendió la imponencia y el tamaño de los monumentos. Hacho subió por escaleras a varios

de ellos y desde allá arriba pudo ver partes más amplias del parque y observar las gigantescas ceibas (árboles de más de cien metros) que crecen en el lugar.

También una buena recorrida debe tomar en cuenta las temporadas; como el turismo mayoritario es del "norte" el mes de mayor afluencia de público es el de Agosto (y en menor medida Julio); en lo posible hay que evitarlos para recorrer con calma todas las ruinas. De todas formas el parque es tan grande que es posible caminar por senderos alejados esquivando las multitudes.

Con respecto a recorrer los senderos alejados; valen la pena, pero hay que tener algo de cuidado_ En el momento que nosotros llegábamos acababan de encontrar una pareja de Belgas que, andando por ahí, se habían perdido. La selva es tan espesa y alta que en el momento en que perdiste la senda la cosa se puede poner peligrosa. No es para asustarse; todo está bien demarcado, pero la selva (como la montaña, como el mar) genera respeto.

Salimos para México

Al otro día debíamos estar a las 6.30 AM en el aeropuerto para tomar el avión que nos llevaría a Guatemala City. Llegamos un rato antes, hicimos la papelería correspondiente y, como había espacio y tiempo nos metieron en un avión que salía 7.00 AM (el nuestro era de las 8.00 AM).

El viaje hasta Guate nos salió U\$S 140 por los dos. En 45 minutos de un viaje espléndido (por fin un viaje sin problemas) el avión nos depositó nuevamente en Guatemala City. Enseguida fuimos a buscar las cosas al Maya Express, y a devolver los pasajes de sobra que teníamos (Santa Elena -Guate). Nos los tomaron y nos pidieron que volviéramos lo más tarde posible (ese día pensábamos salir para México, nos quedaban tres horas antes de la salida del bus). Finalmente pasamos a última hora y nos dijeron que habían vendido un pasaje (y recuperamos Q 50); el otro pasaje se lo regalamos al boletero que tantas gauchadas nos había hecho.

En ese rato, además, sacamos un rollo de fotos que habíamos dejado revelando (otra "atadura" que nos obligaba a volver a Guate) compramos remedios (el tema de las enfermedades ya no nos abandonaría). Cambiamos algunos U\$S por Q y nos subimos al bus Galgos que nos dejaría en la frontera con México (Pacu Man o Talismán). Había posibilidad de sacar boleto combinado hasta México DF, pero nos pareció muy caro (U\$S 58), por lo que optamos por tomar bus hasta Talismán (aparte Galgos no parecía muy seria). El pasaje nos salió Q 48 los dos, por lo que parecía sumamente caro el trecho que quedaba hasta México DF.

Efectivamente Galgos era la versión Guate del Tica Bus o sea llega, tiene muchos horarios, pero el servicio es muy malo. Nuestro viaje empezó mal, salimos tarde, Hacho había elegido asientos de primera fila (3 y 4) para poder ver el paisaje, pero eran los asientos más chicos y los únicos cuyas ventanas no podían abrirse.

El recorrido fue totalmente distinto a la guate que habíamos visto. En el ingreso desde El Salvador pasamos por zonas que alternaban sembrados con selvas tupidas, montañas que se elevaban a la vera del camino, algunos campesinos llevando carga en burros. Los otros caminos fueron "turísticos": Tikal y Antigua, muy bellos y cuidados. La ruta a México, en cambio, era bien

centroamericana; caótica, superpoblada, pasando pueblo tras pueblo, con minifundios supertrabajados en general en café, con mucha mugre en los pueblos que se iban sucediendo uno tras otro. El bus iba por una carretera que serpenteaba entre los pueblos, en donde el ayudante del chófer se baja y voceaba el destino del bus (-Talismán, Talismán !!!)

El recorrido del tramo es en general tortuoso, se tardan 6 horas en hacer 200 kilómetros, y nosotros llevábamos más de una hora de retraso. Nos cansamos del viaje, que era

incómodo, y como el último tramo según habíamos visto en el mapa era paralelo a la frontera, preguntamos si no podíamos cruzar a México por un pueblo que, en su camino hacia Talismán, cruzaba el Galgos. Nos dijeron que sí (nosotros audazmente les creímos), por lo que bajamos, y nos metimos en un paupérrimo y revuelto pueblo de frontera.

Con el desarrollo de México por sobre el resto de América Central, y con el avance del NAFTA, las fronteras sur de México se fue haciendo crecientemente impermeable. Por otra parte EEUU siempre funcionó como un imán para el sur, y así se ven latinoamericanos en general que, en viaje hacia USA, se van quedando en los diferentes países. México funciona como un filtro muy duro que frena toda esta emigración económica. Así hay infinidad de personas que iban hacia USA y que quedaron en Panamá, Costa Rica, Guatemala.

Ahora toda esta gente comienza a apiñarse en las ciudades vecinas de la frontera Guate - México, país al que les es muy difícil de acceder, y que ahora, sirve también él mismo como imán para inmigrantes económicos.

El pueblo en que bajamos, que está puente de por medio de Ciudad Hidalgo, es sumamente peligroso, con gente vagando buscando un rebusque, esperando la oportunidad para pasar a México. Allí, bajamos, contratamos un extraño taxi (hay decenas, pidiéndote llevar tus cosas) que es una bicicleta que empuja un asiento doble en donde nos sentamos con la negra y pusimos nuestros petates. Este taxi nos llevó hasta la aduana (unas quince cuadras desde donde nos dejó el bus), hicimos los papeles en un suspiro, y con otro taxi de las mismas características (esta vez del lado mexicano) llegamos a la aduana mexicana, rodeada de alambrados y de personal de seguridad. Ahí, también rápidamente hicimos los papeles, y caminamos unas cuadras hasta la terminal de los buses Cristóbal Colón, en donde sacamos pasaje hasta DF.

Teníamos un par de horas antes de la salida del bus, las que ocupamos en comprar el diario, y comer en un bolichito que quedaba enfrente de la terminal. Salimos 19.30, el bus era de primera, cómodo, con aire acondicionado, con asientos reclinables; era la gloria después de tantos trastos del Tica Bus. Digamos que la cosa empezó bien, pero no siguió tan bien. En los primeros 500 Km, por 5 o 6 veces pararon el bus para pedir documentación y en una de esas paradas bajaron una mina que, se ve, no tenía los papeles en regla. Confirmando lo que pensábamos, está duro para andar por la zona fronteriza de México.

El viaje continuó dentro de lo normal, por un largo valle en donde, por primera vez en kilómetros, la selva se iba perdiendo entre paisajes más secos. Fuimos pasando pueblo tras pueblo, y en

donde, si bien se veía pobreza y atraso, era notorio un cambio cualitativo en cuanto al tipo y cantidad de tránsito, la ruta, la industria, el tipo de estructura económica que tiene este país.

En la medida que se fue desarrollando el viaje, fuimos confirmando que en el bus iba un sólo chófer, sin ningún tipo de acompañante. Al principio pensamos alguno de los que viajaban en los asientos era un acompañante, o que promediando el camino subiría otro chófer para reemplazarlo. Pero no, el tipo este iba a bancarse todo el viaje solo (que tenía una duración prefijada de 18 horas); así fue que durante todo el tiempo fuimos pensando en cómo iba a resistir semejante jornada.

Para colmo, de a poco, confrontando horarios con nuestro mapa, fuimos sospechando un importante atraso que luego se confirmó; estábamos por la mitad del tiempo estipulado para el viaje y recién habíamos recorrido un pequeño tramo. Nos despertamos después de dormir un rato a la noche, en un paisaje similar al de la "Pampa Seca" (la transición desde la pradera central argentina antes de las sequedades cordilleranas); cuando cruzamos un pueblo y pudimos ubicarnos nos dimos cuenta de que todavía había un trecho largo por hacer.

En la medida en que se fue abriendo la mañana, el chófer, un petiso simpático, fue charlando en voz alta para todos los pasajeros. Primero para todos en general (comentarios impersonales del tipo "hacer frío", "que mala que está la ruta", etc.), para luego ir tomando confianza e irnos preguntando cosas a todos.

Así se fue haciendo amigo del pasaje y colocando diferentes casetes de acuerdo a los pedidos de la gente. Cuando llegó a nosotros nos ofreció un poco de música argentina, que a él (eran sus dichos) le encantaba: un casete con los más grandes éxitos de Leo Dan: Por un caminito yo te conocí, Estelita, etc. Por supuesto le dijimos que a nosotros también nos parecía espectacular.

Así siguió el viaje, entre paisajes más familiares para nosotros (la "pampa seca"), algunas cadenas montañosas que se perdían hacia el oeste, con algunos espectaculares picos nevados. Más tarde en una detención el Chofer nos aconsejó un cóctel de mariscos: "Viva la Vida". Estábamos mal del estómago, por lo que lo rechazamos, pero la verdad que de pinta valía la pena.

De repente el bus se acerca a un cruce de rutas en el medio del campo y con señalización confusa; el chófer vacila, encara para un lado, luego dobla para otro; avanza inseguramente unos kilómetros por una ruta que no parece muy importante. Al rato estaciona sobre una entrada de tierra. Se baja, espera la llegada de un coche, al que para. El vidrio se abre y el chófer le pregunta : "Para Distrito Federal, vamos bien por acá?" No, era para otro lado. Retomamos la ruta, y en el cruce encaramos la ruta correcta hacia DF; la primera vez en mi vida que me perdía arriba de un bus.

En Distrito Federal

La ruta comienza a hacerse más ancha. Se ven casas cada vez con mayor asiduidad. Las cuatro manos se convierten en seis, cada vez más coches, más gente, más movimiento. Entramos en la ciudad más poblada del mundo, Distrito Federal. El bus da una vuelta y se mete en la terminal.

Nuestra salud no anda del todo bien, en la terminal nadie sabe como hacer para ir a un buen hotel; la oficina de turismo es paupérrima, no tiene papeles, ni información, ni nada. Hacemos cola para subir a un taxi que nos deje en el centro. Le pedimos que nos aconseje un hotel (no es buena idea, pero no tenemos más información); nos quedamos en un hotel a dos cuadras de la Av. Insurgentes, una hermosa habitación, con TV, baño, y piripipi a 25 dólares por los dos. Estamos cómodos, pero un poco enfermos. A la "debilidad" que las amebas le dejaron al estómago de la negra, comienza a agregarse un creciente dolor de garganta de Hacho. Salimos un rato, estamos cansados, así que volvemos para dormir y prepararnos para conquistar el último país, y la gran ciudad.

Pero al otro día al levantarnos Hacho apenas si podía ponerse en pie; estaba mareado, pero el síntoma que más me molestaba era un dolor de garganta inaguantable. Sentía que le habían enroscado un alambre de púa en el gañote. Aspiró un poco de vapor, tomó un te, pero la cosa no terminaba de mejorar.

Fuimos al médico que habló de una enfermedad infecciosa y recetó antibióticos, caramelos estilo "graneoclin", y reposo, por lo que volvimos al Hotel. Así pasó el primer día en Distrito Federal. A la mañana siguiente las cosas no mejoraron, Hacho apenas si había podido dormir, y el único lugar en donde soportaba el existir era en el baño, con la ducha caliente abierta al máximo cosa de que se concentrara mucho vapor.

A la tarde, cosa de bajar el nivel de angustia que nos producía perder otro día más sin recorrer DF nos fuimos caminando hasta "El Zócalo", lugar en donde está la Catedral, la casa de gobierno, el centro histórico. El conjunto da a un playón enorme (deben ser tres o cuatro manzanas) que no tiene ningún trabajo, sino que es una continuación del pavimento. Sobre un extremo del playón, y al lado de la Catedral, están realizándose excavaciones de ruinas Aztecas, que hoy vuelven a salir a la luz.

En cierto aspecto DF tiene cierta dinámica similar a la de Quito; un centro histórico, de pasado muy rico, pero atestado de vida cotidiana moderna, lleno de polución, coches, negocios que sacan las ganas de recorrerlo. Por lo que hay que hacer un esfuerzo para descubrir las bellas edificaciones de varios siglos atrás, entre calles estrechas, bordeados por edificios y construcciones de principios de siglo.

Hacia la derecha del Zócalo se encuentra la Catedral de México que, como fue construida sobre el lago que se bordeaba Tenochtitlán, y que ahora se ha secado. Su peso hace que se hunda cada vez más: ya está un metro por debajo del nivel general. Además, en el momento de nuestra visita se estaban realizando tareas de apuntalamiento sobre las paredes del templo.

Nuestra llegada coincidió con una gran manifestación campesina que había tomado el playón central, en donde se habían montado carpas de nylon, en donde pasaron varios días expresando sus reclamos.

"El Zócalo" es recorrido por vendedores que te ofrecen una gran cantidad de artesanías. Sobre un costado de la Catedral hay una casuchitas, que a nosotros no nos quedaba claro cual era su función; preguntamos y nos dijeron que eran lugares en donde, por una módica suma, te dejan hacer pis; los famosos "orinales".

En el lugar sufrimos, tal vez, uno de los malentendidos más tristes del viaje. Antes de salir había tres o cuatro cosas imperdibles a realizar; bucear en el Caribe, las playas ticas, las ruinas mayas. El último punto eran los famosos murales de DF. Un poco la falta de onda con la vida que teníamos ya que nuestro estado de salud no era óptimo, un poco porque preguntamos y las dos veces que hablamos nadie nos entendió, pero no obtuvimos razón de los murales los que, en nuestra recorrida por zócalo casi rozamos sin darnos cuenta.

Como no podía ser de otra manera, el centro histórico del DF se diferencia de la ciudad moderna, en donde se ven limusinas, rascacielos, cosas ultrasofisticadas que te hacen acordar a las series yanquis de tv. Un par de veces fuimos a recorrerla (en particular cuando fuimos a confirmar el pasaje desde México hasta Buenos Aires) y quedamos asombrados de la pujanza de la ciudad. Párrafo aparte merecen los monumentos modernos a la Revolución, todos llenos de contenido independentista y de justicia social, y algunos edificios, en especial una espectacular construcción de más de 50 pisos de alto, toda espejada, cuyos techos en declive se cruzaban formando ángulos.

Teotihuacán: la última maravilla y la despedida

Volvimos al médico pues el estado de Hacho mejoraba y le era torturante estar fuera del baño de vapor o sin tomar te.

El médico confirmó el diagnóstico, dijo que había que esperar que la medicación hiciera efecto. En una palabra no nos dio bola. Volvimos otra vez, y otro médico nos dijo que para él era incapacidad para tolerar la contaminación; en suma, que la única forma de que Hacho se sanara era salir de DF.

A pesar de los dolores, había una cosa que teníamos claro, no nos iríamos de DF sin conocer las pirámides de Tenochtitlán. Averiguamos por tours, otra vez tuvimos problemas de comunicación, las oficinas de turismo son de muy mala atención y calidad (o se hacen los boludos para venderte excursiones privadas). Finalmente embocamos la terminal de ómnibus (donde nos había dejado el bus que nos trajo desde Ciudad Hidalgo) y allí arrancamos con un bus que nos dejó en Tenochtitlán en 2 horas.

La ciudad sagrada de los Aztecas está menos de 60 kilómetros de DF, pero salir del gentío es lo que te hacer demorar un tiempo. El paisaje que la rodea es muy típico del oeste argentino, semidesértico con cactus y poco verde. La entrada al parque tampoco impresiona mucho hasta que, a poco de andar, uno cruza la ancha avenida central sobre cuyo fondo se observan las monumentales pirámides del sol y la luna.

A pesar de las enfermedades, del calor, de lo fuerte del sol, y del cansancio, caminamos más de dos horas por las calles de las ruinas, y subimos a la pirámide del sol. Tal vez Teotihuacán no tenga

el marco espectacular de la selva, como era el caso de Tikal, pero el paisaje pelado realza las dimensiones extravagantes de las pirámides.

Bajando de la pirámide del sol entramos a una zona en donde se mantenían en muy buen estado sectores que en tiempos lejanos habían sido ocupados en ceremonias religiosas. Compramos artesanías bellísimas, recorrimos otras zonas en donde dragones amenazaban a los paseantes y, ya al borde de la muerte, fuimos hacia la entrada al parque en donde nos subimos al colectivo que nos dejó otra vez en la terminal. Otra vez un bus, el hotel, la tv, el vapor, el te, el aburrimiento de estar encerrados.

Al otro día, en la primera mañana, un taxi nos llevó hasta el aeropuerto en donde hicimos el viaje de vuelta: a Quito, a Guayaquil, a Santiago, a Buenos Aires. El avión no hizo más que salir para que nuestro estado general mejorara: no había caso, la polución nos había matado, y el aire puro que se respiraba en el avión nos mejoró instantáneamente.

En Santiago preguntamos por el viaje Santiago / Quito para ir para Ecuador desde San Juan, a primera vista podía ser una buena opción de vacaciones. Pero la información no fue muy alentadora; no era más barato Buenos Aires / Quito; Porque? Porque las políticas de precios están atadas a varios factores, no solamente al tramo recorrido.

En Ezeiza nos espera la vieja de Hacho, nos llevan a su casa, dormimos, hacemos algunos trámites, y al otro día seguimos viaje para San Juan. Dormimos mucho y nos despertamos ya en el desierto; nos angustia la llanura pelada, el gris, las montañas que muestran las rocas y que, siendo el mismo Ande, es tan distinta a la selva centroamericana.

De a poco vamos llegando a San Juan, se distinguen las serranías del Pie de Palo, el camino del Huarpe, el 9 de Julio, el valle del Tulúm. Entramos a la ciudad. Llegamos, nos esperan las nenas. Nos damos cuenta de que las hemos extrañado mucho. Estamos felices de estar otra vez con ellas.